

El otro exilio: memorias y vida cotidiana de las mujeres en el destierro republicano en Francia

The Other Exile: memory and everyday life of republican women in France

ALBA MARTÍNEZ MARTÍNEZ

UNIVERSIDAD DE GRANADA (ESPAÑA) albamarmar@correo.ugr.es

Doctoranda en el departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada, trabaja en una tesis doctoral sobre las mujeres republicanas en el exilio.

RECIBIDO: 14 DE AGOSTO DE 2016

ACEPTADO: 1 DE DICIEMBRE DE 2016

RESUMEN: Este estudio se acerca a la complejidad de las vivencias cotidianas femeninas en el exilio republicano en Francia desde la mirada, memorias y recuerdos de una mujer exiliada y bajo una perspectiva de género. Se examinan sus experiencias del destierro intentando buscar esquemas de comportamiento similares a las demás exiliadas. Así, establecemos el foco de atención en la acción y agencia de las mujeres, en su relación con la política en el exilio, en la simbiosis entre el espacio público y privado, así como en las alteraciones y permanencias de los discursos y prácticas de género tradicionales en el marco de la Francia de guerra y posguerra y en el entorno de exiliados españoles. A partir de ello, intentamos ofrecer nuevas y renovadas concepciones del exilio.

PALABRAS CLAVE: Exilio, memorias, mujeres, vida cotidiana, agencia femenina.

ABSTRACT: This paper approaches the complexity within women daily experiences in the republican exile in France from the memories of an exiled woman and under a gender perspective.

We analyze her experiences looking for similar behavior patterns to the rest of the exiled women. Hence, we will focus our attention on women's agency, on their relations with politics, on the convergence between public and private sphere, as well as on changes and remains in gender traditional discourses and practices in exile. Thus, we try to offer a new and renovated exile vision.

KEYWORDS: Exile, memories, women, daily life, women's agency.

Martínez Martínez, Alba.

“El otro exilio: memorias y vida cotidiana de las mujeres en el destierro republicano en Francia”.

Kamchatka. Revista de análisis cultural 8 (Diciembre 2016): 61-91.

DOI: 10.7203/KAM.8.8880 ISSN: 2340-1869



Introducción

“Haz lo posible por llevarte contigo a tu madre y a tu hermana, yo salgo con el comandante. Pero os encontraré donde sea”¹. Si bien es cierto que no era la primera vez que C.T. asumía la responsabilidad de su familia, aquellos días previos a la evacuación de Barcelona estas palabras de su padre precipitaron la llegada de una madurez y un rol que aún no correspondían a una niña de 15 años. Sin embargo, C.T. cruzó la frontera junto a su madre y su hermana pequeña en aquel desolador invierno de 1939, dando comienzo a lo que se convirtió en un exilio político sin fin en el que aprendió a vivir y con el que aprendió a convivir.

El exilio republicano de 1939, como cualquier otro exilio político de nuestra historia, entraña complejidades múltiples y variadas. En muchas ocasiones se nos escapan con facilidad, se desvanecen en la búsqueda de grandes historias, pero si hacemos descender nuestro campo de estudio a una escala inferior centrandolo nuestro análisis en un caso concreto, lo que encontramos nos brinda una imagen más rica, con variables más complejas y también más dinámicas.² Esto parece cobrar especial sentido cuando hablamos de las experiencias de las mujeres, aquellas que suelen diluirse en las aguas de los océanos de los grandes relatos, casi siempre masculinos. También resulta muy útil cuando nuestro interés radica en el estudio de un exilio a veces olvidado: el exilio cotidiano, el de los hogares, las familias, las estrategias de supervivencia, etc. Creo que estudiar un caso particular de pequeña a gran escala nos permite bucear mejor en los entresijos de la cotidianidad del exilio vivido por las mujeres y, analizado desde una óptica de género, puede proporcionar visiones distintas y quizás también renovadas del conjunto del fenómeno histórico en cuestión.

De esta manera, he decidido elaborar mi estudio a partir de las experiencias vitales de una mujer que, como tantas otras, tuvo que abandonar su país natal siendo una adolescente para comenzar una nueva vida lejos de lo que hasta entonces habían sido sus marcos de referencia sociales, políticos y culturales. C.T. nació en Algeciras en 1923, pero a causa de la guerra y demás avatares del destino, parte de su vida se desarrolló también en Tetuán, Tánger y Barcelona, antes de cruzar la frontera en enero de 1939. Una vez en Francia, pasó por distintos refugios del interior del país, por diversos pueblos del sur de Francia en los que trabajó y desde donde formó parte de la Resistencia vinculada al PCE contra la ocupación nazi, hasta su establecimiento definitivo en la ciudad de Carcassonne al término de la Segunda Guerra Mundial. Se casó con un refugiado comunista español que fue deportado a Mauthausen, cuyas vivencias de guerra y temprana muerte contribuyeron a la creación del mito del héroe en el seno familiar. Esta imagen ha dejado una impronta en el relato oral y escrito de C.T. donde la figura de su marido tiene un peso más que considerable, pero donde sus experiencias y vivencias también se abren hueco, como una forma más de resistencia cotidiana. C.T.,

¹ Cita de las memorias de C.T.M. (inéditas). C.T. son las iniciales de una mujer de origen gaditano exiliada en Francia a partir de 1939 a cuyas memorias he tenido acceso y me referiré a lo largo de este artículo. Desde aquí quiero hacer explícito mi agradecimiento a C.T. y a sus hijos por la acogida, la amabilidad y el haber compartido conmigo sus emociones, sentimientos y vivencias pasadas. Mi agradecimiento también va dirigido a Jesús Nieto, quien me facilitó el contacto de C.T.

² En este sentido, véase: Serna, Justo y Pons, Analet (2000). *Cómo se escribe microhistoria*. Madrid: Cátedra.

animada por sus hijos y con la voluntad de que sus nietos conocieran especialmente quién había sido su abuelo, decidió escribir sus memorias³ en torno a los años 80.

A pesar de ser un testimonio individual, personal y subjetivo, pensamos que sus esquemas mentales y de comportamiento bien pueden ser compartidos en algún grado con el resto de exiliadas en el marco del destierro francés. La vida de C.T. fue la vida de una exiliada *de a pie*, no de la élite política y cultural del exilio que tanto ha eclipsado a otras experiencias, pero sus vivencias son del máximo interés historiográfico y de gran relevancia para los estudios del exilio porque nos permiten seguir explorando *a ras de suelo* las complejidades que subyacen de la relación entre las mujeres y la guerra, la salida forzada del país natal, la supervivencia y la resistencia, la búsqueda de futuros posibles, el compromiso político, el desarraigo, y también, cómo todo ello moduló en mayor o menor medida las relaciones de género. Asimismo, contribuimos con su estudio a reconsiderar *lo político* (Natalie Zemon Davis, 2000: 243) y a nutrir aquello que se ha venido a llamar una *historia desde abajo* o *de los de abajo* (Jim Sharpe, 1996: 38-59). Desde esta perspectiva, lejos de entender a las mujeres de a pie como sujetos pasivos y apáticos o, para el caso que nos ocupa, como meras *acompañantes de*⁴ -como tradicionalmente las ha tratado la historiografía⁵-, las concebimos como sujetos históricos activos y de poder, con capacidad de acción y, por tanto, de contribuir a la transformación de su escenario más inmediato haciendo uso de los mecanismos que tenían a su alcance.

En este marco se sitúa la hipótesis y los objetivos de este estudio. Pensamos que la miseria física y emocional de los primeros años de exilio en Francia, la Segunda Guerra Mundial, el choque cultural o el desarraigo familiar, no impidieron que las mujeres desarrollaran un alto grado de capacidad de acción y agencia que fue clave para satisfacer las necesidades propias y del grupo familiar, para garantizar la reorganización y el restablecimiento de la vida y el hogar en el exilio, y para adquirir mayores cotas de autonomía e independencia. Asimismo, creemos que el exilio se convirtió en un espacio con horizontes políticos para las mujeres, donde además lo personal y lo político sufrieron una notable imbricación. Ello, junto a la capacidad de supervivencia por ellas desarrollada y el proceso intercultural del que fueron partícipes, les permitió configurar nuevas prácticas, actitudes y comportamientos de género que hicieron de la relación entre discursos y prácticas una realidad sumamente compleja.

³ Las memorias de C.T. se componen de varios relatos diferenciados. Para este artículo he analizado los dos relatos principales del corpus. El primero está dedicado a su vida desde que nace hasta que termina la Segunda Guerra Mundial y contrae matrimonio en 1946, mientras que el segundo, titulado con el nombre de su marido, contiene información sobre la vida de él y, lo más interesante para nosotros, sobre sus vivencias juntos desde su matrimonio hasta, más o menos, la muerte del primero en el año 1972.

⁴ Para un estado de la cuestión de la historiografía del exilio desde la perspectiva de las mujeres, véase: Moreno Seco, Mónica. "Las exiliadas, de acompañantes a protagonistas". *Ayer*, 81, (2010): 265-281.

⁵ Explica Paula Simón que "la complejidad de la verdad histórica se dimensiona en la consideración de los sujetos comunes, no necesariamente vinculados a ámbitos políticos o culturales, para la construcción de los relatos del pasado. Dentro de ese proceso, la actuación de las mujeres ha sido reclusa a un lugar secundario; su imagen ha sido con frecuencia la de los sujetos inocentes y pasivos". (Simón Porolli, Paula: *Por los caminos de la palabra. Exilio Republicano español y campos de concentración franceses: una historia del testimonio*. Tesis doctoral dirigida por Manuel Aznar y Jaume Peris, defendida en 2011 en la Universidad Autónoma de Barcelona. Página de la cita: 385)

De esta manera, nuestra intención es acercarnos a la vida cotidiana de las mujeres españolas exiliadas en Francia desde, especialmente, la mirada de una de ellas, con la intención del alcanzar tres objetivos específicos: por un lado, analizar el diálogo constante entre el contexto de penuria económica, física y emocional de los primeros años de exilio y las estrategias de supervivencia y resistencia por ellas desarrolladas. Por otro lado, nos proponemos estudiar la relación de las mujeres con la política, y a su vez, desentrañar el estrecho vínculo existente entre lo público y lo privado, entre lo afectivo y lo político en este momento histórico preciso. Finalmente, pretendemos aproximarnos a la complejidad que subyace a la relación entre discursos y prácticas de género en el contexto estudiado, interesándonos especialmente las posibles alteraciones de los roles femeninos tradicionales a causa de la nueva coyuntura y de los nuevos espacios y marcos de relaciones que se abren para las mujeres en el destierro francés.

Así, este estudio parte para su desarrollo de las reflexiones teóricas y metodológicas de la historia social y cultural ligadas especialmente al estudio de la cotidianidad (Alf Lüdke, 1995; Luis Castells, 2005: 37-63) “entendida esta como la unidad espacio-temporal donde nuestras relaciones sociales logran concreción y, por tanto, se llenan de experiencia y sentido social” (Francisco A. Ortega, 2008: 21); de la perspectiva de género “como categoría útil de análisis histórico” (Joan Scott, 2000: 48-77); así como de las nuevas orientaciones de la teoría feminista y la historia de las mujeres, con especial atención a su capacidad de acción- *agencia*- en los distintos procesos y coyunturas (Sonia Reverter, 2010: 161; Lois McNay, 2000; Irene Murillo, 2015; Mercedes Yusta, 2015: 9-10; María de la Fuente, 2013: 129-153)

La historiografía sobre el franquismo y el exilio republicano⁶ a menudo ha encasillado a los vencidos de la Guerra Civil – y en especial a las mujeres- en un paradigma de la victimización férreo que ha impedido reconocer su capacidad de actuación, su voluntad y poder para crear espacios de control sobre sus propias condiciones de vida; su *agencia*. (Irene Murillo, 2015: 158). Sin embargo, pienso que la dislocación geográfica, la ignominia sufrida o el desarraigo familiar que, entre otros aspectos, experimentaron las exiliadas en el país galo no impidió que aprovecharan “las oportunidades de construir nuevas situaciones” (Cristina Borderías, 1994: 30)⁷ porque “si bien las víctimas están definidas por el contexto...también generan nuevos contextos” (Veena Das, 2001: 210). De esta manera, la búsqueda de sus acciones, de esos nuevos espacios y realidades por ellas creadas, me lleva a recurrir al poder del testimonio y la voz de las mujeres, me lleva a sumergirme en sus experiencias vividas (Luisa Passerini, 1989; Elena Hernández Sandoica, 2004: 453), en este caso, las de C.T.

⁶ Para una síntesis de la historiografía actualizada sobre el exilio, véase: Font Agulló, Jordi. Gaitx Moltó, Jordi. “L’ exili de 1939. Un estat de la qüestió entre dues commemoracions (2009-2014)”, *Franquisme & Transició* 2, (2014): 231-280.

⁷ El estudio de Cristina Borderías acerca de las experiencias de cuatro generaciones de mujeres emigrantes cuestiona “la visión lineal de las mujeres emigrantes como víctimas de una triple opresión –clase/sexo/emigración–”, al observar cómo de sus itinerarios migratorios “emergen más bien otras tantas oportunidades de construir nuevas situaciones. Desde esta forma de recordar sus experiencias y dar sentido a las mismas –continúa la autora-, las mujeres cuestionan las interpretaciones que las sitúan como sujetos débiles y pasivos” (Cristina Borderías, 1994: 30). Pensamos que este es uno de los aspectos que comparten, en gran medida, las trayectorias vitales de las mujeres exiliadas y emigrantes.

Como hemos señalado, nos aproximaremos a sus vivencias a partir de sus memorias –inéditas– así como de las entrevistas que tuve la oportunidad de realizarle a ella y a su hija, D.M⁸. Éstas se llevaron a cabo siguiendo el método de lo que en historia oral se ha llamado *historia de vida* (Miren Llona, 2012: 32-33) y tanto las memorias como las entrevistas han sido analizadas desde un enfoque hermenéutico. Si bien los testimonios nos han interesado sobre todo como fuente documental y no tanto como “objeto de análisis textual” (Paula Simón, 2011: 52), nuestro interés no ha sido el de reconstruir los hechos, sino el de buscar el sentido de los mismos pues, como bien ha señalado Miren Llona (2012: 46), “desde esta perspectiva, la agencia del sujeto, es decir, el margen de maniobra de los individuos en el contexto de sus propias condiciones de posibilidad, se convierte en uno de los focos de atención prioritarios”. Así, a partir de la hipótesis y los objetivos planteados, he elaborado unas categorías y códigos de análisis previos, que más adelante han sido actualizados con otros emergentes, y me han permitido estructurar los testimonios (orales y escritos) en base a los criterios temáticos que se verán desarrollados a lo largo del artículo (José Ignacio Ruiz, 2007: 165-215; Gregorio Rodríguez, Javier Gil y Eduardo García, 1996: 198-218). A saber: la miseria física y emocional, y la supervivencia como experiencias dialogantes durante los primeros años de destierro; la actividad política femenina y la simbiosis entre lo personal y lo político en el marco del exilio; y las alteraciones y permanencias que experimentan las prácticas de género con respecto a los discursos imperantes en tal contexto.

Quizás, el primer ejemplo de su agencia lo encontramos en la voluntad de C.T. de dejar por escrito sus memorias de guerra y exilio, así como de conceder entrevistas, convirtiéndose con ello en una más de aquellas “agentes de la memoria” –con cuyos relatos pondremos a dialogar el de nuestra protagonista a lo largo del artículo– (Irene Murillo, 2015: 151) que, con sus experiencias plurales, nos ayudan a desentrañar un poco más uno de los episodios más complejos y dramáticos de nuestra historia contemporánea.

1. Supervivir en el exilio

El desconcierto y la confusión se apoderó de la población civil ante la inminente toma de Barcelona por parte de las tropas franquistas en enero del 39. No obstante, desde la vulnerabilidad que provocaba tal estado de inseguridad, algo sí parecía estar claro en la mente de las mujeres: había que garantizar la supervivencia propia y del grupo familiar, y ello implicaba la huida urgente de la ciudad condal, especialmente por parte de aquellas que directa o indirectamente habían simpatizado con el gobierno republicano. C.T. era plenamente consciente de ello –sus padres habían sufrido ya el escarnio público y la represión falangista⁹ y, junto a su madre y su hermana, pasaron a engrosar las

⁸ Las entrevistas se realizaron en Carcassonne y Toulouse, los días de 14 y 15 de julio de 2015, y el día 17 de julio de 2015, respectivamente.

⁹ “Una vecina nos denunció a la policía y una noche vino falange y se llevó a siete padres de familia. (...) Los llevaron al comisariado a empujones, les dieron aceite de ricino, medio litro por persona, y luego los apalearon y los torturaron toda la noche. Vinieron a buscar a mi madre, la enfrentaron con mi padre que ya no se tenía de pie, la trataron de puta y amenazaron de fusilarla si no denunciaba a los cómplices de mi padre. La soltaron unas horas después” (Memorias de C.T.M. Inéditas)

filas de la llamada “gran retirada” de enero y febrero de 1939 con destino Francia. Lo cierto es que el país galo estuvo recibiendo refugiados, especialmente mujeres, niños y ancianos desde el inicio de la Guerra Civil, pero en torno al 20 de enero de 1939, informes del prefecto de los Pirineos-Orientales, alertaban de que en menos de una semana se había producido un incremento considerable de refugiados en las fronteras con Cataluña, pasando de 30 personas diarias a 420. (Rubén Mirón, 2016: 112). Se estima que el contingente de población que llegó al Departamento francés de Pirineos-Orientales en aquellos primeros meses de 1939 fue de 465.000 personas (Alicia Alted, 1997:230).

C.T. y su familia no cruzaron la frontera a pie como la inmensa mayoría de los exiliados sino que gracias al comandante para el que trabajaba su padre supieron de un barco que desde la costa norte del Cabo de Creus, desde el llamado Puerto de la Selva, se disponía a partir hacia el puerto francés de Sète. La opción resultaba menos descorazonada que la alternativa de atravesar los Pirineos caminando bajo el frío, la nieve y las bombas, pero el panorama que nos brinda C.T. en sus memorias es el fiel reflejo de la desesperación, de la confusión y de la lucha por sobrevivir entonces, tan solo, físicamente:

Llegamos al Puerto de la Selva. Allí, estuvimos esperando la noche. La gente se amontonaba en el puerto. Se atracaban los depósitos de comida y cada cual cogía lo que podía. Los coches y los camiones llegaban, pero como no había gasolina, los empujaban y los tiraban al mar. Y las órdenes se contradecían continuamente: que sale el barco, que no sale, que había que buscar refugio porque venía la aviación. En fin, ya entrada la noche, en una espera indescriptible de nervios y de miedo, a empujones, desgarrándonos la ropa, pudimos subir al barco. (Memorias C.T.M., inéditas)

El diálogo entre miseria física y emocional, y supervivencia había marcado las experiencias de las mujeres desde el inicio de la guerra, sin embargo una vez en el exilio, a la retracción social, la humillación, el cansancio y, en definitiva, la derrota física y moral había que añadirle un sentimiento de desarraigo y de añoranza que llegaron para quedarse en las vidas de las refugiadas durante un largo periodo de tiempo. Quizás la derrota en términos políticos e ideológicos no ocupara un lugar central en el sentimiento de las mujeres en aquel momento, sobre todo si tenemos en cuenta que la mayoría de ellas no estaban politizadas¹⁰, pero sí lo hacía la derrota familiar, la pérdida y la separación de los seres queridos, así como la privación de su lugar de referencia: la ciudad, el pueblo, el barrio, el hogar... En este sentido, los campos de alojamiento o refugios improvisados donde las autoridades francesas “amontonaron” a la mayoría de las mujeres, niños y ancianos pudieron desempeñar un papel fundamental en la creación de un sentimiento de comunidad o de pertenencia a un grupo derrotado y afligido, sí, pero que no vio mermadas sus capacidades de supervivencia física y moral.

A C.T. y a su familia los alojaron inicialmente en la antigua prefectura de Issoudun (Indre), donde llegaron después de una larga travesía en tren sin haber recibido ningún tipo de información, tan solo la solidaridad de algunos franceses que desde las estaciones donde paraban les “lazaba(n) ropas y comida y (les) despedían con el puño en alto”. Una vez allí, a los hombres se los llevaron al

¹⁰ Según el estudio de Pilar Domínguez sobre las mujeres españolas exiliadas en México, tan sólo el 19,2% de ellas estaban afiliadas a partidos políticos o sindicatos de clase. (Pilar Domínguez, 2009: 99)

campo de Bram (Aude) quedándose “las mujeres, los niños y los inválidos, (...) amontonados en habitaciones donde dormían sobre la paja” (Memorias C.T.M.). Tras la “gran retirada” de enero de 1939, se improvisaron en el interior del país alrededor de 1600 campos de alojamiento para albergar a los refugiados civiles. Los cines, teatros, almacenes, pabellones de deporte, antiguas casas parroquiales, granjas, establos o incluso viejos castillos, hicieron las veces de refugios con condiciones sanitarias deplorables en su inmensa mayoría (Rubén Mirón, 2016: 222):

Entonces, las autoridades acordaron de evacuarnos cerca de Châteauroux en un pueblecito llamado Le Buichet donde había un castillo deshabitado. Aquel castillo debió de ser importante porque las cuadras eran enormes y en ellas nos instalaron. Otro grupo de mujeres vino a sumarse a nosotras. Ahí cogimos la sarna casi todas y pasábamos el día arrasca que arrasca. Por las noches, salían unas ratazas que muchas veces nos mordían. (Memorias C.T.M.)

Conocemos realmente poco acerca de la localización, funcionamiento y organización de estos refugios, sin embargo en palabras de Rubén Mirón (2016: 222), parece quedar claro que “las mujeres, y el grupo de niños y ancianos que iban con ellas, pasaron a un segundo plano para la administración pública francesa, delegando dichas funciones en organizaciones y comités de ayuda”. No obstante, gracias a diversos testimonios de mujeres refugiadas, como el de C.T. entre otras, podemos configurar una difusa imagen de lo que fueron aquellos centros de alojamiento y de cómo se articuló la vida cotidiana en ellos: “La vida se organizó como en una prisión. Mirábamos pasar la gente por las ventanas, nos paseábamos por el patio, se hacían corrillos por afinidades y no faltaba algún hecho que nos divirtiera” (Memorias C.T.M.). Este símil con una prisión nos permite enlazar el testimonio de C.T. con el de otra refugiada, Luisa Carnés, quien siempre se refirió al refugio en sus memorias *De Barcelona a la Bretaña francesa* como a un espacio carcelario donde, eso sí, las dinámicas sociales y la cotidianidad estaban regidas por las mujeres que en él habitaban.

En este contexto de pérdida de marcos comunes, de desarraigo social y familiar, de agotamiento y vulnerabilidad física y psíquica, había que supervivir cada día aunando fuerzas, tejiendo redes y practicando algo muy característico de las redes femeninas: la solidaridad más allá de las afinidades políticas, la nacionalidad o las creencias.¹¹ La capacidad de agencia femenina en estos contextos tan adversos quedó reflejada en acciones como el desarrollo de mecanismos para hacer del refugio un hogar, en la conservación de las relaciones afectivas previas a través de la correspondencia, en la resistencia desarrollada para hacer frente a peligros “propios” de su género tales como los abusos sexuales, así como en la búsqueda de futuros posibles que les permitieran salir del denominado “espacio carcelario”.

De esta manera, las mujeres exiliadas hicieron del refugio improvisado un hogar donde vivir de la manera más apacible y habitable posible. Luisa Carnés daba prueba de ello en sus memorias al contarnos cómo “se había constituido, por las propias refugiadas jóvenes, brigadas de limpieza y secado de platos, pelado de patatas y verduras” (Luisa Carnés, 2014: 227-228). Asimismo, satisfacer

¹¹ El historiador Juan de Hoyos Puente sostiene que la solidaridad practicada entre las mujeres exiliadas fue debido a su escasa politización, lo que “permitió salvar los obstáculos que marcaron las discusiones políticas de los hombres”. (Juan de Hoyos, 2012: 30)

las necesidades alimenticias e higiénicas de los más vulnerables, los niños, fue una tarea cotidiana en el marco del refugio y del campo, así como sirvió de nexo de unión entre las mujeres que habitaron aquellos lugares, -fueran estas madres, o no-. En este sentido, la almeriense María García que pasó por varios refugios y campos de concentración plasmaba lo siguiente en sus memorias:

A los niños los bañábamos con agua fría de una llave que encontramos por casualidad y que por cierto estaba prohibido abrirlas. Después del baño agarrábamos a los niños, una con uno y la otra con el otro a matarle los piojos, los dejábamos bien limpios. (...) así que acabábamos con los niños y seguíamos nosotras, gracias a esta amiga pude soportar lo que se vivía en ese campo, la miseria y las necesidades me hacían perder peso (...) pero las compañeras de la barraca empezaron a preocuparse por mi salud así que las que tenían francos y podían comprar algo, lo compartían conmigo y yo lo compartía con los niños. (María García, 2005: 31)

Conectar y saber de los seres queridos de los que las habían separado se convirtió también en un quehacer de primera necesidad ya que les permitía reestablecer el vínculo familiar desgarrado y, de alguna manera, volver a conectar con el marco de referencia perdido. Por ello y porque se constituyó como un refugio moral¹² a través del que canalizar las penas, la indignación y la exasperación, la correspondencia¹³ fue una pieza de especial transcendencia en el devenir cotidiano del refugio. Sin embargo, esta no estuvo al alcance de todas las mujeres exiliadas pues muchas de ellas no sabían ni leer ni escribir lo que sin lugar a dudas incrementó su incapacidad para enfrentarse al destierro. En este sentido, como nos cuenta C.T., la agencia de las mujeres se manifestó a través de las redes de solidaridad y ayuda mutua que tejieron para gestionar el infortunio: “Éramos quinientas personas; allí se juntaban todas las categorías, hasta antiguas del barrio chino y muchas mujeres no sabían leer ni escribir. Entonces, organizamos unas clases y en poco tiempo, por el gran interés que ponían, eran capaces de escribir a sus maridos”. (Memorias C.T.M.). Lo cierto es que escribir cartas les permitía tomar la palabra (desde la pluma), reconocerse y resituarse tras la cotidianidad perdida, reflexionar sobre las dificultades del nuevo contexto y, de alguna manera, protestar a media voz acerca del maltrato que en términos generales recibían.

Luisa Carnés recuerda en sus escritos “la impresión que causó la llegada de las primeras cartas”: “¡Qué gritos! ¡Qué carreras! Hubo hasta algún desmayo, de la emoción.” (Carnés, 2014: 231). Sin embargo, había quienes no las recibían porque, posiblemente, no tenían a quién enviárselas. En este sentido, la comunidad creada en el refugio y en el campo fueron cruciales para superar estas desdichas. Era en estos momentos cuando se agudizaba el ingenio y la capacidad de

¹² Remedios Oliva en sus memorias, *Éxodo. Del campo de Argelès a la maternidad de Elna*, da muestra de ello al contarnos cómo tras la ocupación nazi, aquellas manifestaciones de indignación que expresaron en las cartas, se convirtieron en un verdadero problema por lo que tanto ella como el resto de sus compañeras decidieron quemar toda la correspondencia. (Remedios Oliva, 2006: 117)

¹³ Diversos estudios han demostrado cómo la escritura ha sido una herramienta clave de supervivencia en los contextos de trauma y cautiverio. En este sentido, véase: Castillo, Antonio. “Escribir para no morir. La escritura en las cárceles franquistas” en: Castillo, Antonio. y Montero, Feliciano. (dirs.)(2003): *Franquismo y memoria popular. Escritura, voces y representaciones*, Madrid, Siete Mares; Sierra, Verónica. (2009): *Palabras huérfanas. Los niños y la Guerra Civil*, Madrid, Taurus. Sobre la importancia de la correspondencia en la vida de los exiliados españoles, véase: Adámez Castro, Guadalupe: “La escritura necesaria: el uso de la correspondencia en las Memorias y Autobiografías de los exiliados españoles”. *No es país para jóvenes*. (2012) Instituto Valentín Foronda.

resistir, algo que creemos queda bien reflejado en el testimonio de Luisa al relatar cómo aquellas que no recibían nunca cartas decidieron fundar el “Sindicato de las Sin Carta” (Luisa Carnés, 2014: 233). Este mecanismo de cohesión desarrollado les devolvía el sentimiento de pertenencia a un marco común y, de nuevo, adquirirían poder individual y colectivo para sobrevivir en tan desnortada realidad.

Las lagunas historiográficas acerca de estos refugios de mujeres provocadas por el tradicional paradigma androcéntrico y por la concepción de éstos como “campos atenuados” (Rose Duroux, 1995: 224), nos han hecho obviar una realidad con la que también tuvieron que lidiar las mujeres refugiadas durante los primeros meses de destierro. Hablamos, en este caso, de los abusos sexuales y las violaciones de las que fueron víctimas algunas refugiadas debido al abandono de la administración francesa y, especialmente, a cuestiones políticas y de género que aumentaban su grado de vulnerabilidad:

Las cosas se pusieron feas cuando los franceses empezaron a movilizar las tropas para una guerra inminente. Issoudun se convirtió en una gran concentración de tropas: moros y senegaleses deambulaban por las calles. Se cerraron todos los bares y los burdeles. Entonces cuando pasaban por delante de la prefectura y veían tantas mujeres detrás de las ventanas, algunas de ellas haciendo gestos, no comprendían quiénes éramos; ante las puertas cerradas esperaban la caída de la noche para saltar por la tapia y violaron a varias mujeres. Pasábamos las noches atrancando las puertas y el comisario puso un par de gendarmes para protegernos, pero el peligro seguía existiendo. (Memorias C.T.M.)

Aquel drama no mermó las capacidades de supervivencia, resistencia y superación de las mujeres que, como C.T., no dudó lo más mínimo en salir a trabajar fuera del refugio en cuanto tuvo oportunidad de hacerlo. Puesto que ella se responsabilizó tempranamente de su madre –a la que continuamente califica de débil– y de su hermana pequeña tras la separación de su padre, la supervivencia de su grupo familiar siempre fue una prioridad, por lo que un trabajo extremadamente precario, duro y agotador, en otro idioma y en otro país, no fue óbice para desempeñarlo. El proceso de interculturalidad comenzaba así para ellas; habían de enfrentarse a otra cultura y otras formas de hacer. También el ingenio y las estrategias de superación y supervivencia se agudizaron, desarrollando con ello la capacidad de apropiarse de sus propias condiciones de opresión en beneficio propio (James C. Scott, 2003: 65), lo que ayudó a C.T. a escapar –física y emocionalmente– de situaciones realmente hostiles y penosas donde, de nuevo, los abusos sexuales ocuparon un lugar central en su experiencia vital durante los primeros años de exilio:

Un día en que vinieron a buscar gente para trabajar en una granja, me apunté y me fui a ganar cien francos por mes que enseguida mandé a mi madre para que se comprara café. El trabajo era tremendo para mi y la propiedad enorme, con treinta obreros que se sentaban en la mesa para comer. Yo no hablaba una palabra de francés, (...) se reían de mi, hacían por tocarme el culo cuando los servía y a cada torta que yo les arreaba redoblaban sus risas. Como tenía las manos llenas de sarna, me arrascaba para que me saliera el agüilla y me frotaba en paños de cocina con la intención de pegársela. Por las noches, venían a tocarme a la puerta o a la ventana; pero yo ya estaba bien cerrada. El ritmo de trabajo era tan duro que me dolían mucho las espaldas y tenía miedo a enfermar, así que cuando iba a recoger los huevos me bebía un

par de ellos haciendo un agujerito por cada extremo; también me bebía buenos tragos de leche. (Memorias C.T.M.)

A pesar de haber salido del refugio, miseria y supervivencia siguieron dialogando en el día a día de una joven que afrontaba sola un trabajo lejos ahora de su hermana y de su madre. Los episodios extremos se repitieron constantemente pero C.T. los plasma en sus memorias con la naturalidad de quien ha vivido y padecido la sociedad patriarcal de entonces y con la dignidad haber salido airosa del peligro gracias a las estrategias y a la capacidad de autonomía y autogestión de las relaciones de subordinación por ella desarrolladas:

El patrón me acompañó a Issoudun en su coche. Pero el tío sinvergüenza intentaba besarme y me prometía dinero si hacíamos el amor. Yo le dije que se lo diría a su mujer y con esta amenaza me dejó tranquila. (...) Pero el autobús solo salía por la mañana temprano. Entré en el café, pregunté si no había otra posibilidad, y un hombre bigotudo, algo maduro ya, me dijo que me llevaría por ser su camino. Bueno, pues yo contenta, me subo con mi maleta que me había comprado en vista del viaje, y cuando salimos del pueblo, el tío se puso a tocarme las piernas. Al empezar yo a protestar, cogió la maleta, la tiró fuera, abrió la puerta de la tartana y a empujones me tiró a mi también. Por aquel camino no pasaba un gato y empezó a llover. Me acordé de mi padre cuando me decía: “Si tu mal no tiene remedio, ¿por qué te apuras?” Y cogí la maleta, me la puse encima de la cabeza, sobre ella el abrigo para preservarla porque era de cartón, y así me servía al mismo tiempo de paraguas. Y allí me encaminé. (Memorias C.T.M.)

Como podemos observar, la búsqueda incesante de futuros posibles que cambiaran en algún grado aquella dramática realidad de campos y refugios, estuvo destinada a conseguir y desempeñar un trabajo remunerado. Esto se convirtió en una necesidad para muchas de las mujeres que llegaron al exilio en edad de trabajar porque en la mayoría de las ocasiones les garantizaba salir del refugio, y porque de esa manera, se aseguraban un jornal con el que, al menos, malvivir. Muchas de ellas no habían recibido antes un salario por el trabajo realizado, de manera que esto supuso un cambio notable en sus vidas al contribuir directamente a la economía familiar y al adquirir una mayor presencia en espacios eminentemente masculinos. Si bien es cierto que los trabajos reservados para las mujeres fueron aquellos considerados “femeninos” como la servidumbre, un buen número de ellas, como C.T. o la refugiada Conchita Ramírez (2006: 56-58) entre otras, trabajaron también en el campo realizando las mismas tareas que los hombres. Esto no era nada nuevo para las mujeres procedentes del entorno rural español donde históricamente han trabajado casi al mismo rendimiento que sus homólogos masculinos y a veces sin recibir un salario por ello, sin embargo en la Francia del exilio sí lo hicieron por un jornal y ello les pudo proporcionar independencia y también satisfacción personal:

La cosecha de patatas fue hermosa y abundante. Yo con el derecho que me daba haber sudado la gota gorda con ellas, me sentía dueña o al menos a partes iguales con mi padre (...). Mi reputación fue conociéndose y todos venían a felicitar a mi padre por tener “una fillo tan valento” (Memorias C.T.M.)

El nuevo horizonte vital que el trabajo les proporcionó, junto con la reunificación familiar que se fue produciendo en torno al año 40 y 41, cambió en cierto sentido su ubicación en el territorio del

exilio. Por fin un hogar propio, por fin una cierta sensación de libertad. Así, una frágil estabilidad llegó a la vida de C.T. y de su familia cuando se reencontraron con su padre, estableciéndose todos en Lagrasse (Aude). Allí vivieron en la casa de una familia para la que el padre trabajó, cambiando notablemente las condiciones de vida que habían tenido hasta entonces, pero en las que la acción y agencia desarrollada por ella había sido crucial para la supervivencia familiar¹⁴:

Solo con ver la llave que yo iba a tener en mis manos dentro de pocos minutos y el hecho de poder abrir y cerrar la puerta a nuestro antojo nos daba una sensación largamente perdida de libertad. (...) No podíamos ocultar la alegría que teníamos al pensar que íbamos a dormir en una cama con colchón, pues desde que entramos en Francia, habíamos dormido en el suelo y en la paja. (Memorias C.T.M.)

Comenzaron a reestablecerse las dinámicas sociales perdidas tras la ruptura de su cotidianidad a causa de la guerra y el exilio. Articuladas ahora por el trabajo, el ocio, las amistades y, especialmente, por la unión y la estabilidad familiar. La interacción con otros vecinos refugiados que vivían en las inmediaciones, con algunos franceses y antiguos emigrados españoles, facilitaron la adaptación al nuevo entorno. La refugiada Conchita Ramírez, quien pudo salir del refugio junto a sus padres y su hermana a finales de 1939, da cuenta de ello en su *Diario de una niña exiliada* (2006: 59): “Domingo 12 de noviembre de 1939: Como estamos un poco mejor de dinero mi padre fue a buscar a Maruja, agradeciendo a esa familia que hayan sido tan buenos (...) Por primera vez desde hace mucho tiempo, hemos ido al cine con la familia Torralba”. Así, entre trabajo y trabajo encontraron momentos de diversión y de olvidar, aunque fuera por poco tiempo, la miseria moral y económica que padecían. Pero la nostalgia comenzó a inundar sus vidas y la estrategia para combatirla se orientó hacia el mantenimiento de las costumbres y tradiciones autóctonas, especialmente desde la familia y el hogar donde podemos observar cómo la madre de C.T. conservaba cotidianamente la gastronomía española (Juan de Hoyos, 2012: 30):

¡Alegría y buen humor! Nuestra vida empezaba a normalizarse; mi hermana iba a la escuela, mi madre se ocupaba de las tareas de la casa, lavaba la ropa en el río y se dejaba aconsejar por la señora Leonor en la compra y en el manejo de los francos. Mi padre y yo traíamos el dinero a casa y poco a poco íbamos comprando lo necesario. Disfrutábamos con la comida de mi madre, que en eso no había perdido la mano: cociditos de garbanzos, paellitas, etc. (...) Después de la cena empezaba el ritual de templar la guitarra. Ya satisfecho, mi padre se arrancaba con un par de fandangos, y ya calentito continuaba con los tanguillos de Cádiz. De un salto mi madre se ponía a bailar y arremangarse la falda. Pronto me tocaría a mi, pero yo esperaba a que me dijera: “¡venga niña!” Y allá que me iba con una sonrisilla. No había que olvidar a Conchita, que había que jalearla y acompañarla para que meneara el culito con nuestras palmas en su canción de rumba gitana: “El carbonero...va por las esquinas...”. (Memorias C.T.M.)

¹⁴ Paula Simón escribe acerca de la importancia del papel desempeñado por las mujeres en la supervivencia familiar durante el exilio y más en concreto durante la estancia en los campos de concentración franceses. Véase: Simón Porolli, Paula: *Por los caminos de la palabra. Exilio Republicano español y campos de concentración franceses: una historia del testimonio*. Tesis doctoral dirigida por Manuel Aznar y Jaume Peris, defendida en 2011 en la Universidad Autónoma de Barcelona, p. 390-391.

Sin embargo, la ocupación alemana de la “zona libre” de Francia en noviembre de 1942 truncó el tímido equilibrio que había comenzado a orquestar sus vidas. Hasta entonces las cuestiones políticas habían pasado a un segundo plano pues la supervivencia requería de todo su esfuerzo físico y mental. A partir de ese momento el escenario político y social cambió estrepitosamente. Ya no bastaba con sobrevivir sino que había que hacerlo dignamente y ello implicaba tomar partido, desarrollar conciencia y participar en el conflicto que se venía librando desde 1940 en Europa y en concreto en Francia, su país de acogida: “Era nuestro porvenir. Si no ayudábamos a Francia, era contra nosotros. Había algunos que decían “este no es mi país”, pero era gente ignorante. Este era un país...había que participar para ayudarnos a nosotros mismos.”¹⁵

Aunque la relación con la política por parte muchas mujeres, como C.T., había comenzado durante la Guerra Civil, en el contexto del exilio se agudizó y tanto directa como indirectamente pasó a convertirse en un eje vertebral de su cotidianidad. El proceso de desarrollo de conciencia y actividad política que a partir de 1942 dio comienzo en su vida, atenuó el estado de miseria emocional y pérdida de marcos comunes en el que había vivido durante los primeros meses de destierro, y desplazó las estrategias de supervivencia a un plano de carácter más político, ético y moral.

2. La política y lo político en la vida cotidiana del destierro

A pesar de que algunas de las mujeres exiliadas en Francia habían comenzado a militar en sindicatos y partidos políticos en España, —como fue el caso de C.T. que se afilió al PCE durante la Segunda República si bien por razones fundamentalmente familiares¹⁶— pensamos que el exilio se convirtió en un espacio favorable al desarrollo de conciencia política para muchas de ellas. La tendencia que experimentaron la inmensa mayoría de los exiliados de relacionarse casi exclusivamente entre ellos, generó entornos muy activos desde el punto de vista político, donde las conversaciones quedaban monopolizadas por el problema de España, la Resistencia, la guerra mundial y el esperado retorno al país natal. Estos encuentros y conversaciones, aunque siempre liderados por hombres, solían realizarse en los hogares desde donde las mujeres tuvieron la oportunidad de participar y entrar en contacto con los debates que se planteaban, las preocupaciones y las esperanzas que la coyuntura política y social ofrecía a los refugiados en Francia. Graciosa Gurometa, cuyo testimonio es uno de los cincuenta que recogió Neus Catalá en su libro *De la Resistencia y la Deportación*, nos cuenta cómo “reuniones políticas y planes militares de lucha clandestina, alternaban muy a menudo en (su) casa”:

Mi marido, José “El Metralleta”, (...) sabía que podía contar conmigo. Solo disponíamos de dos habitaciones. En la primera se discutía, planeaba y comía, y en la otra, dormíamos, se escondían armas, y yo, como el que no sabe nada, asistía a todo y vigilaba que ningún

¹⁵ Entrevista realizada a C.T.M. el día 15 de julio de 2015 en Carcassonne, Francia.

¹⁶ Esto ha sido muy habitual a lo largo de la historia lo que, como ha señalado Mercedes Yusta, “nos remite a la idea, central en el pensamiento feminista y en la historia de las mujeres, de una estrecha circulación entre lo público y lo privado, entre lo afectivo y lo político, cuando se trata de describir las acciones de las mujeres en el mundo social y su afirmación como sujetos políticos”. (Mercedes Yusta, 2015: 7-8)

percance desagradable nos pudiera sorprender. Y esto durante más de dos años. En aquellos momentos, aquello me parecía de lo más natural; lo hacía como una tarea más (Neus Catalá, 2000: 169).

Asimismo, los espacios laborales que se abrieron para muchas mujeres a causa de las exigencias económicas y materiales del exilio, les permitieron entablar nuevas relaciones sociales que también fueron acompañadas de conversaciones y desvelos políticos. Así, las mujeres fueron de una u otra manera configurando su identidad de refugiadas políticas. Este último fue el caso de C.T., que nos parece también paradigmático de los itinerarios políticos seguidos por algunas de las mujeres:

Los nuevos visitantes solían ser mayores que nosotros, trabajaban en el bosque cortando leña y haciendo el carbón. De vez en cuando, les acompañaba un joven alto que venía de Carcassonne, con un entrecejo corrido, grandes ojos, manos largas y finas por las que adivinábamos que nunca en su vida habría trabajado manualmente. Este se interesaba mucho en lo que hacíamos. Nos hablaba de las persecuciones y los crímenes que habían emprendido los alemanes y que los refugiados estaban pagando un alto tributo, que Franco continuaba asesinando y que nosotros teníamos que prepararnos a formar parte de una resistencia junto a los franceses para volver cuanto antes a nuestra patria. Nosotros teníamos entre 16 y 18 años. (Memorias C.T.M.)

El proceso de desarrollo de conciencia política que C.T. comenzó a experimentar en aquellos momentos, se vio acentuado tras su entrada en la Resistencia francesa contra la ocupación nazi del sur de Francia. Ello implicó su afiliación a Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) y por tanto su vinculación, ahora renovada, con el PCE. Esta vez las motivaciones fueron propias y de carácter ideológico, no familiares ni afectivas. Hablamos, pues, a partir de ahora de la experiencia vital y política de C.T. ligada al PCE en el exilio, lo que nos remite a una visión diferente de la militancia comunista o, como ha señalado Mónica Moreno haciendo referencia a Giuliana di Febo, “a las asimetrías en las formas de militancia” (Mónica Moreno, 2014: 257)¹⁷.

El PCE comenzó a colaborar estrechamente con sus camaradas franceses tras la ocupación alemana de la totalidad del territorio francés. El maquis específicamente español adquirió entonces un gran impulso puesto que la inmensa mayoría de los exiliados y emigrados españoles vivían en los distintos departamentos del Midi. Allí se fueron organizando grupos de combate que inicialmente se agruparon en el XIV Cuerpo de Guerrilleros, pasando en 1944 a reorganizarse bajo el nombre de Agrupación de Guerrilleros Españoles (AGE) y, finalmente a integrarse en las Fuerzas Francesas del Interior (FFI). (Joan Estruch, 1982: 72-74) A ellas perteneció C.T. y el grupo que con ella se unió a la Resistencia en noviembre de 1942.

Su tarea fue la de enlace. Las llamadas *agent de liaison* fueron mayoritariamente mujeres jóvenes, solteras o madres de familia (Fernanda Mancebo, 1996: 246), mujeres que podían pasar desapercibidas a los ojos de la Gestapo. El cometido de las enlaces, piedra angular de la Resistencia, era el de llevar y traer material y consignas, distribuir propaganda y periódicos clandestinos, así como dar cobijo a guerrilleros y demás resistentes que se encontraran en peligro. Eran labores asociadas

¹⁷ Habría que preguntarse y estudiar si la trayectoria vital y política de C.T. ligada al PCE pudo ser común, en algún grado, a la de mujeres militantes de otros partidos políticos en el exilio.

culturalmente al rol femenino que, sin embargo, entonces adquirieron una dimensión notoriamente política. De esta manera, su función en el seno de la Resistencia fue específicamente “femenino”, lo que ha contribuido a su infravaloración historiográfica y memorialista.

Las mujeres resistentes estaban en última instancia al mando de un hombre. Así, su trabajo fue siempre considerado “auxiliar” o “de apoyo” a la *verdadera* misión de la Resistencia, visiblemente masculina. No obstante, a tenor del auge de la historia de las mujeres y de los estudios de género, se ha demostrado que las mujeres resistentes fueron muy numerosas y, a pesar de que sus tareas fueron menos visibles desde el punto de vista político, fueron fundamentales para el mantenimiento de la estructura y la articulación de la misma. En este sentido, Paula Schwartz abogó por una redefinición del propio término “Resistencia” donde se tuvieran en cuenta las nuevas formas de participación política, específicamente femeninas, que se desarrollaron en el contexto de la Francia ocupada y así se visibilizara la importancia que tuvieron realmente las actividades llevadas a cabo por las mujeres (Paula Schwartz, 1987: 141-154). Además, no fueron acciones menos arriesgadas que las realizadas por los hombres. La peligrosidad de sus competencias fue muy elevada y la represión que se ejerció contra ellas fue tan inclemente como la que sufrieron sus homólogos masculinos¹⁸. Buen ejemplo de ello son los 50 testimonios de mujeres españolas resistentes en Francia que recogió Neus Catalá y agrupó en un libro realmente estremecedor al que ya hacíamos referencia con anterioridad.¹⁹

Las experiencias y vicisitudes extremas que muestran algunos de los episodios que C.T. relata en sus memorias, evidencian una nueva etapa en la vida en el exilio donde, como decíamos con anterioridad, la supervivencia estrictamente material, económica y familiar dio paso a una supervivencia física, política y personal:

Ya nos íbamos a dormir, cuando sonó el teléfono. Reconocí la voz de un muchacho que sollozando me decía: “C., es horrible lo que voy a decirte. Esta mañana iba con Ballester en el mismo autobús cuando al subir la cuesta hacia Axat, nos pararon y nos hicieron bajar a todos, al borde de la carretera. Un coche, venía detrás con la Gestapo y reconocí a Tenor, que venía con ellos. Entonces sacaron a Ballester a culatazos del grupo y un poco más lejos, en el campo lo desnudaron y lo dejaron muerto a balazos. (...) En una mesita de la terraza, tomando café, estaba Tenor. Cuando me vio, con una sonrisa, vino a saludarme. ¿Qué vio en mi cara? ¿Sabía que yo lo sabía? El caso es que me dijo: “C., no tengas miedo. Las fotos que Ballester recogió antes de irse las recuperé yo; las llevaba en el bolsillo pero yo las saqué de su ropa y las rompí. Tranquilízate a ti no te pasará nada”. (Memorias C.T.M.)²⁰

¹⁸ Acerca de las mujeres en la Resistencia francesa, véase: Gildea, Robert (2016): *Combatientes en al sombra*. Madrid: Taurus: 147-171; Gilzmer, M., Levisse-Touzé, C., Martens, S. (2003): *Les femmes Dans la Résistance en France. Actas del coloquio internacional de Berlín, 2001*. París: Tallandier; Collins Weitz, Margaret (1995): *Sisters in the Resistance*. USA: John Wiley & Sons; Jackson, Julian (2003): *France. The Dark Years 1940-1944*. Oxford: Oxford University Press: 490-494; Strobl, Ingrid (1996): *Partisanas. La mujer en la resistencia armada contra el fascismo y la ocupación alemana (1936-1945)*, La Lletra SCCL; Higonnet, Margaret R., Jenson, Jane, Michek, Sonya y Collins Weitz, Margaret (eds.) (1987): *Behind the lines. Gender and the Two World Wars*. USA: Yale University Press.

¹⁹ En este sentido, véase: Catalá, Neus (2000). *De la Resistencia y la Deportación*. Madrid: Península. Véase también: Trallero, Mar (2008): *Neus Catalá: La dona antifeixista a Europa*. Barcelona: Raval Edicions, Barcelona.

²⁰ El episodio de “Tenor” lo podemos encontrar también en el testimonio de María Bergua (Neus Catalá, 2000: 67-68).

Su compromiso político convirtió su existencia en una suerte de limbo entre la vida y la muerte. Unas vivencias saturadas de sobresaltos, inquietudes, temores y también satisfacciones que se entremezclaron con otras más distendidas, de relaciones humanas y de amistad:

Aquella casa podíamos decir que era una casa abierta. Siempre estaba llena de gente, muchos del Partido, contactos que llegaban sin detenerse mucho. (...) Allí conocí a Carmeta y a su marido, a la Bergua, amiga de Centellas, a Pasión, a la Rafaela, a Raquel que decía ser la hermana de Merino y a muchos españoles más. Allí se organizaban comidas y bailes. (Memorias C.T.M.)

Esos nuevos espacios y sujetos de sociabilidad, a causa de su actividad en la Resistencia y su relación con el Partido, les proporcionaron una autonomía e independencia pocas veces antes experimentada. También, gracias a las buenas relaciones y el trabajo conjunto que el PCE mantuvo con el Partido Comunista Francés, los contactos con los franceses se intensificaron, favoreciéndose así la integración y la adaptación al país de acogida: “ya estábamos más familiarizados con los franceses y sabíamos con qué franceses podíamos contar, y ellos también. (...) En fin, aquello ya empezó a tener forma y a coger confianza”.²¹ No obstante como sabemos, las esperanzas del ansiado retorno se agudizaron con el fin de la Guerra Mundial:

El problema español quedaba latente, pero sin resolverse. Muchas naciones habían roto las relaciones diplomáticas con Franco y se esperaba que ahogados, el franquismo se hundiría y nosotros siempre decíamos: la primavera en España, luego que para el verano y después para Noche Buena...y así pasamos varios años sin querer instalarnos ni hacer proyectos. (Memorias C.T.M.)

La Liberación suscitó un estado de júbilo generalizado que, como nos cuenta C.T., se tradujo en bailes, fiestas, encuentros y mítines políticos a todas horas y por todos los lugares de la ciudad de Carcassonne, donde ella vivía y trabajaba entonces. Las celebraciones motivaron también la creación de nuevos marcos de relaciones de los que nacieron amoríos, noviazgos e idilios pasajeros pero también duraderos. La historiadora Claire Duchén señala que entre los años 1946 y 1950 se alcanzó en Francia la cifra máxima de matrimonios por habitante, 9.7 por cada 1,000. (Claire Duchén, 1994: 98). Esa fue otra forma de vivir y estar en el exilio desde el punto de vista político: el matrimonio, las uniones, los hijos...

Ella había adquirido plenamente la identidad de exiliada política, -una identidad de grupo, política y nacional- (Mercedes Yusta, 2009: 250). Fue ya en Francia donde reflexionó sobre la Guerra Civil y el problema de España, elementos por los que luchó en la Resistencia sin haber sido un sujeto político directo en ellos. El exilio se configuró, por tanto, como un espacio con horizontes políticos para las mujeres. C.T. se convirtió así en una mujer consciente de ser exiliada española, militante comunista, resistente y autónoma, identidad que se transformó tras el matrimonio y la maternidad, momento en que la política comenzó a ser concebida desde una óptica distinta, con claros matices de género. A partir de entonces prevaleció la identidad de esposa y madre de familia en primer lugar, y en un segundo plano quedó la de militante comunista, resistente y autónoma. Su

²¹ Entrevista realizada a C.T.M. el día 15 de julio de 2015 en Carcassonne, Francia.

experiencia, además, cobra sentido en un contexto de paz en el que volver a la normalidad significaba restablecer el orden social alterado tras la contienda, y con ello, los roles de género tradicionales, lo que para las mujeres se tradujo –al menos desde el punto de vista discursivo– en una vuelta al hogar y a las tareas de esposa y madre. (Claire Duchén, 1994: 12). Pero no solo el contexto de la Francia liberada exigió un retorno a los roles de género tradicionales, sino que entre la comunidad de exiliados comunistas las estructuras patriarcales más tradicionales se mantuvieron (Violeta Marcos, 2003: 150), e incluso señalaría que se vieron reforzadas fruto del interés y la necesidad por mantener la identidad española, y fruto, por tanto, de una cierta vuelta a la “vida normal”.

De esta manera el deber de la supervivencia familiar volvió a recaer sobre C.T., como mujer y ahora también como madre y militante comunista. La mujer comunista ideal era aquella que encarnaba la figura de la *Pasionaria*. Dolores Ibárruri representaba el modelo de mujer luchadora pero también el de madre tradicional española, sufridora y abnegada que se dedicaba al bienestar familiar al igual que se entregaba al Partido (Claudia Cabrero, 2007: 429-431). De esta manera, la maternidad adquirió también una dimensión política y las exigencias que se depositaron sobre C.T. como madre comunista se duplicaron, provocando el alejamiento entre la construcción discursiva de la comunista ideal y las prácticas cotidianas de la comunista real. La representación de la comunista ideal fue enérgicamente cultivada entre las páginas de la revista publicada en el exilio *Mujeres Antifascistas Españolas*²², sin embargo, las miserias del destierro y la posguerra mundial hicieron de esta imagen femenina un arquetipo irrealizable, de manera que el Partido y la política pasaron de ser una solución a los problemas a convertirse en un problema mismo para C.T.

Así, además de las actividades políticas que directamente se le exigían como militante asidua, hubo otras tareas indirectamente políticas a las que también tuvo que hacer frente. Su marido, T.M.²³, un hombre todavía física y psíquicamente débil a causa de su paso por el campo de Mauthausen, volvía todos los días exhausto a casa después de largas jornadas políticas y, en la mayoría de las ocasiones, lo acompañaba algún camarada que necesitaba cobijo y comida. “Naturalmente”, de ello se encargaba C.T. quien comenzó a experimentar una invasión política de su privacidad que cada día se volvía más insoportable:

Tan pronto tuvimos casa, nos hicimos cargo de Ubiña que andaba mal de salud y no trabajaba todavía. Yo fui dejando poco a poco mis actividades políticas porque el tiempo me faltaba cuando nació (D.M.), pues había que lavar todo a mano a base de pañales y emparadoras, los dos hombres a mi cargo, el zurcir los calcetines, el poner piezas en los pantalones, en fin, cosas que te absorbían el tiempo que ahora parecen imposibles. Nuestra casa, estaba llena de

²² Sobre de la revista que se gesta en los ambientes comunistas femeninos *Mujeres Antifascistas Españolas*, la Unión de Mujeres Españolas en Francia y las múltiples identidades femeninas (identidad política, de género y nacional) que se cultivan en sus páginas y en el seno de la organización, véase: Yusta Rodrigo, Mercedes (2009): *Madres coraje contra Franco*. Madrid: Cátedra: 213-289; “Identidades múltiples del exilio femenino: la unión de mujeres españolas en Francia” en: Lombart Huesca, María (ed.) (2012): *Identidades de España en Francia*. Granada: Comares: 91-113. Conviene señalar que C.T. no utiliza nunca el término antifascista para definirse, por ello no lo empleamos en este artículo. Además, en la entrevista que tuve la oportunidad de realizarle, ella nos dice creer no haber estado nunca en contacto ni con la revista ni con la organización. No obstante, la imagen de la comunista ideal que la revista transmitió le pudo llegar por otros muchos vehículos propagandísticos, mítines, periódicos o reuniones.

²³ Conservamos asimismo el anonimato del marido de C.T., al igual que el de la hija.

gente, muchas veces te quedabas a medio comer porque se presentaba la gente a comer porque tenían que hablar con (T.M.), total que nuestra intimidad sufría mucho. (Memorias C.T.M.)

Comienza así un proceso de desencanto político porque según C.T., más allá de preocuparse por los problemas de España y del comunismo en el mundo, el Partido “no compren(dió) nunca el drama de esos hombres y de esas mujeres que estaban en el exilio”²⁴. Así, si desde la identidad de mujer exiliada comunista se convirtió en resistente con el Partido, desde la de madre y esposa exiliada comunista la resistencia pasó a ser contra la prácticas y el funcionamiento del Partido mismo. Una resistencia cotidiana a lo que ella consideraba que atentaba directamente contra la supervivencia familiar, elemento que C.T. como madre de familia “debía” de garantizar:

Fuimos al médico y nos dijo que lo encontraba completamente agotado (a su marido) y que si no hacía una vida más reposada, un incidente grave podría surgir a todo momento (...). Yo les explicaba a los camaradas todo esto pero sin resultado. Empecé a poner malas caras e incluso a Pastor que lo teníamos siempre incrustado en casa, (...), y me dijo (T.M.) que mucho me quería pero que el P. era superior a mi y que si tocaba a los camaradas, no podría soportarlo. (Memorias C.T.M.)

C.T. planteó a los camaradas en privado y en reuniones públicas sus problemas como madre y esposa. Hizo uso de la “autoridad maternal” que confería el discurso femenino comunista a las mujeres para alzar su voz y expresar sus demandas en el espacio público, sin embargo la autoridad era tal cuando ello suponía beneficios partidistas no cuando generaba críticas y atentaba contra los intereses del Partido. De esta manera, se hicieron caso omiso a sus problemas y ella mostró su rechazo al Partido en público, lo que le costó su baja como militante. Un rechazo a la poca comprensión que el Partido tenía con las necesidades de las familias del exilio y al irracionalismo estalinista que se comenzó a apoderar de los esquemas de comportamiento del Partido. De alguna manera también se rebeló –inconscientemente- contra la figura de la *Pasionaria*, contra el modelo de la comunista ideal que debía seguir a pies juntillas los preceptos del Partido y cumplir de igual modo con los deberes de madre y esposa abnegada y sufridora:

Esta situación creó bastante malestar y un día, me convocaron a una reunión para sancionarme y para que hiciese mi autocritica. El P. tenía una línea estaliniana dura en la que se nos exigía la vigilancia bolchevique. Consistía en vigilarnos unos a los otros; que se podía comprender en tiempos de clandestinidad, pero después, en una situación normalizada, se hacía muy difícil vivir. La sala estaba llena de camaradas y yo me levanté diciéndoles que no pensaba hacer ninguna autocritica porque, teniendo una familia con un bebé, yo no podía dar mi vida a ciento por ciento al P. como lo había hecho antes y que, preocuparme por la salud de (T.M.), estaba en mis justos derechos. Se votó a dedo levantado y acordaron separarme.(...) A (T.M.) le herí mucho. (Memorias C.T.M.)

Efectivamente, el funcionamiento interno del Partido se caracterizaba en aquellos momentos de la posguerra mundial por un clima de máxima tensión debido al enfrentamiento entre el bloque capitalista y el bloque soviético. Ello se tradujo en unos mecanismos y prácticas internas de partido

²⁴ Entrevista realizada a C.T.M. el día 15 de julio de 2015 en Carcassonne, Francia.

que quedaron ejemplificadas en el expresivo titular que escogió *Mundo Obrero* para su número del 8 de diciembre de 1949: “El Partido se fortalece depurándose” (Joan Estruch, 1982: 167). El llamamiento a la vigilancia contra los traidores y agentes del enemigo infiltrados se extendió por todas las agrupaciones y células del Partido en Francia y así la consigna estalinista hizo exasperar al ambiente comunista. Sin embargo, el problema que verdaderamente afectó a la militancia del PCE en Francia y puso de relieve la limitada comprensión que el Partido mostró con las familias del exilio, fue la llegada de familiares de España. Para poder recibirlos, el exiliado/a debía inscribirse en un consulado español lo que el Partido interpretó como un reconocimiento del régimen y un aspecto que propiciaba al franquismo una labor de espionaje y captación política. De esta manera, el “aparato” del Partido exigió la expulsión inmediata de todos los exiliados que hubieran pasado por consulados españoles. Tal consigna afectó a numerosos militantes de base quienes, separados de sus familiares durante más de diez años, no pudieron seguir esta desmesurada medida, por lo que a partir de 1950 tanto la actividad como el número de militantes del PCE en Francia descendió notablemente²⁵. (Joan Estruch, 1982: 167-170)

Esta dura purga interna afectó directamente a C.T. y a su familia; en primer lugar porque, como veíamos con anterioridad, tuvo que hacerse cargo de algunos de los camaradas a cuyas mujeres e hijos no dejaban llegar a Francia, algo que indudablemente preocupó a C.T. porque la escasez de recursos con los que contaban no le permitía alimentar tantas bocas; y en segundo lugar y especialmente porque el Partido terminó ordenando la expulsión de su marido a causa de la visita de su hermana y su cuñado, lo que le provocó graves problemas de salud con los que ella, como mujer, esposa y madre, tuvo que lidiar durante muchos años hasta su temprana muerte. Este “camino de cruz” de C.T., - como así lo denomina su hija, D.M.²⁶-, es una patente muestra de la imbricación entre el espacio público y privado, entre lo personal y lo político. Ambos, dialogaron intensamente en la vida cotidiana de C.T. en el exilio, y como en la suya pensamos que en la de otras muchas mujeres exiliadas, como es el caso de la ya mencionada Conchita Ramírez, en cuyo diario expresa constantemente su malestar por no ver nunca a su marido -- con el que se había casado en 1946-- , ante lo que optó por irse con él a las reuniones del partido a pesar de que ella no militaba (Conchita Ramírez, 2006: 144-145); o como también sería el caso de la catalana Francisca Coronel García quien a pesar de haber cruzado la frontera en 1954 de manera clandestina para evitar seguir sufriendo las persecuciones y los abusos de la guardia civil por haber sido militante de UGT --después de haber pasado más de dos años en prisión--, una vez en el exilio, el sindicato le negó el aval para conseguir el certificado de refugiada necesario en aquel entonces para trabajar y rehacer su vida, por haber tenido contacto con el Hogar español de Maçon, vinculado al PCE.²⁷ Dialogaron, pues, desde distintas ópticas e identidades femeninas pero marcando profundamente sus experiencias del destierro.

²⁵ Sobre el funcionamiento interno del PCE durante la guerra fría, véase: Estruch Tobella, Joan: *El PCE en la clandestinidad 1939-1956*. Siglo XXI, Madrid, 1982, pp. 166-173.

²⁶ Entrevista realizada a D.M. el día 17 de julio de 2015 en Toulouse, Francia.

²⁷ Archivo de la Fundación Largo Caballero, fondo de Solidaridad Democrática Española, serie de refugiados políticos, expte. de Francisca Coronel García, signatura 000938-036.

3. Discursos y prácticas de género en el exilio

La Guerra Civil y el consecuente exilio provocaron cambios más o menos sustanciales en los roles femeninos ligados a la domesticidad y las relaciones de género tradicionales, a la vez que reforzaron permanencias tanto en las prácticas cotidianas como en las construcciones discursivas de la feminidad. El contexto político, social y cultural en el que se enmarcaron las experiencias de las mujeres exiliadas en Francia hizo de este juego entre discursos y prácticas de género un proceso ciertamente complejo. En este último apartado intentaremos acercarnos y desentrañar en la medida de lo posible esta complejidad, —como lo hemos venido haciendo hasta ahora—, a partir de la mirada de C.T.

Antes de centrarnos en el contexto del destierro francés, conviene tener presente la procedencia geográfica y cultural de nuestra protagonista. Ella nació en Algeciras en 1923 en una travesía cercana al puerto donde habitaban gentes muy humildes y populares, lo que la hizo crecer en contacto con realidades sociales y prácticas cotidianas que distaban mucho de los discursos normativos existentes entonces acerca de la feminidad y la masculinidad:

Era un callejón de muy mala fama, pues sólo había dos patios decentes. Las demás casas eran de maricones y putas, por eso se decía que en el Callejón del Muro, el que pasaba, le daban por culo. (...) En aquel patio ocurrían cosas muy curiosas. Las familias vivían en espacios muy reducidos, siendo el pulmón de las casas el corredor. Cada uno sacaba su silla y a grito vivo se interpelaba, y todo el mundo estaba al corriente de la vida de los demás. Allí no había secretos para nadie. Eran gente humilde, pobres pescadores y trabajadores del puerto que al regresar por la noche venían con una copa de más y armaban un escándalo con sus mujeres. (Memorias C.T.M.)

Esta simbiosis entre violencia, miseria, supervivencia y masculinidades y feminidades oprimidas y marginales debió modular profundamente las mentalidades, las ideas y las prácticas sociales y cotidianas de C.T. y su familia. Prácticas cotidianas posiblemente más marcadas por la inmediatez de las situaciones que por los discursos normativos que circulaban en aquel entonces para articularlas. Así, esta procedencia seguramente hiciera a C.T. vivir más o menos alejada de construcciones discursivas tales como la honra de las mujeres, el honor familiar o la domesticidad que aún imperaban en la España del primer tercio e incluso lejos de aquellas más reformistas y respetuosas con las mujeres que comenzaron a proliferar entonces (Nerea Aresti, 2005: 67)²⁸, lo que más adelante pudo repercutir en sus actitudes y formas de relacionarse en el exilio. El origen de esta familia de exiliados muestra también la pluralidad del destierro republicano donde las élites políticas e intelectuales fueron realmente una minoría y cuyo sustrato se nutrió de miles de familias humildes que vieron en la Segunda República un remedio a sus miserias²⁹.

²⁸ Sobre los cambios y permanencias discursivas de las relaciones de género en el primer tercio del s. XX, véase: Aresti, Nerea (2001): *Médicos, donjuanes y mujeres modernas: los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*. Bilbao: Universidad del País Vasco. Aresti, Nerea: "Ideales y expectativas: la evolución de las relaciones de género en el primer tercio del siglo XX", *Gerónimo de Uzari*, (2005), 21: 67-80.

²⁹ En el caso de los andaluces exiliados en Francia tan solo un 4% de ellos/as se dedicaban a profesiones liberales e intelectuales. (Datos extraídos de la base de datos del Proyecto de Investigación: "El exilio andaluz de 1939")

Como sabemos, durante la Segunda República la condición social de las mujeres mejoró considerablemente gracias a la conquista del sufragio y las reformas de sus derechos laborales, educativos y familiares. Sin embargo seguían perviviendo mentalidades profundamente patriarcales por lo que los cambios en las prácticas cotidianas de género se produjeron con ligera lentitud (Mary Nash, 1999: 90). Así por ejemplo, C.T. desempeñó su primer trabajo remunerado durante la guerra cuando apenas tenía 15 años, primero como sirvienta en una casa y más tarde como secretaria. Una vez en el exilio, –siempre al abrigo del pretexto de la necesidad– continuó trabajando durante muchos años más y a su vez empoderando su identidad como mujer trabajadora, hasta que el matrimonio y la maternidad, así como el contexto de la Francia liberada, la hicieron encontrarse con un discurso de la domesticidad aún profundamente vigente a la altura de los años 50. (Claire Duchén, 1994: 66-68)

Las estrategias de supervivencia desarrolladas por las mujeres durante los primeros años de exilio, orientaron los mecanismos y las prácticas de género hacia roles que poco tenían que ver con el tradicional discurso que confinaba a las mujeres entre las cuatro paredes del espacio privado y concebía al espacio público como un ente exclusivamente masculino. Al contrario, muchas como C.T. se vieron en la tesitura de tener que adoptar el rol del “cabeza de familia” ante la ausencia del padre, algo muy habitual entre las familias de exiliados durante los primeros momentos de destierro. En este sentido, Remedios Oliva nos cuenta también cómo, tras salir del campo de concentración, “a (sus) veintiún años, (se) sentía responsable de lo que (les) ocurriera a los cuatro” ya que su padre se encontraba enfermo de la vista. (Remedios Oliva, 2006: 108). Ello, como veíamos con anterioridad, condujo a C.T. a desempeñar diversos tipos de trabajos remunerados en condiciones realmente precarias y extremas, a lo que se le añadieron las dificultades de ser mujer y el estigma de ser española en el contexto de una Francia que en términos generales repudiaba a los refugiados que llegaban en masa a su territorio, lo que la obligó a desarrollar actitudes rebeldes y de superación destinadas a paliar su manifiesta condición de vulnerabilidad. No obstante, lejos de entender los trabajos desempeñados por las mujeres en el exilio como empleos exclusivamente precarios conviene concebirlas como medios proveedores de independencia, autonomía y satisfacción personal, lo que pudo facilitar la adaptación al nuevo entorno y a los nuevos roles de género que, acordes a las exigencias y necesidades, debían desempeñar. Esas actitudes y prácticas de supervivencia ayudaron a C.T. a empoderarse en el espacio público, masculino y extranjero que era para ella la Francia rural de los años 40.

Además de los trabajos realizados y la independencia que estos pudieron proporcionarles, en el marco del exilio otro elemento fue trascendental en la configuración de nuevos roles y prácticas de género entre las exiliadas: el proceso intercultural del que fueron partícipes.

La Francia rural de los años 39-40 aglutinó a miles de personas de varias nacionalidades que escapaban del auge de los totalitarismos. Así como los españoles; los italianos, los alemanes y especialmente judíos de los diversos países ocupados por el nazismo comenzaron a llegar a la idealizada Francia de la democracia y las libertades (Genevieve Dreyfus-Armand, 2000: 26). Si bien es cierto que las relaciones sociales que entablaron los exiliados españoles fueron muy endogámicas,

paulatinamente los contactos interculturales fueron acrecentándose tanto por necesidad como por placer. La resistente María Bergua nos cuenta que durante la guerra “pas(ó) a ser punto de apoyo de polacos, españoles y franceses” (Neus Catalá, 2000: 67), y la almeriense María García describe en sus memorias cómo, durante la contienda, las mujeres españolas quedaron en minoría en la Maternidad de Elna, siendo sustituidas por “polacas, francesas y de otras nacionalidades” (María García, 2005: 41). Así, los nuevos marcos de relaciones que fueron orquestando la vida de C.T. en el exilio también se nutrieron de personas de diferentes culturas y formas de ver el mundo, lo que indudablemente moduló sus actitudes y prácticas sociales, cotidianas y también de género. En este sentido, conviene destacar la amistad que C.T. entabló con una judía austriaca llamada Lily Deveze quien, junto a su familia, había llegado a Francia huyendo del nazismo:

Estaba pensando por qué nació la amistad con la Deveze. Nosotros nos fuimos a trabajar a una campaña que partía de un puente, para ir a la casa tenías que ir por el puente, siempre. (...) un día vimos llegar a Deveze con su madre, (...) y me decía: “es que no puedes venderme unos huevecitos..., una cosita...”, y claro, después de haber *hablao*, congeniado y haberla *encontrao* tan simpática porque es que era...pues le llenamos el cesto, y allí nació la amistad, también por la parte de mi madre y mi padre. ¡Cómo una familia! (...) Ella me abrió los ojos en todos los sentidos, (...) en fin, me dio un baño de otra cosa que yo no conocía...y lo que yo la ayudé también para tenerla siempre apartada para que no la pillaran, porque había muchos judíos en Lagrasse.³⁰

Esta amistad, que se vio reforzada por la condición de refugiadas que compartían, propició un intercambio de saberes, formas y conductas sumamente enriquecedor, como así lo fue desde una perspectiva de género, especialmente por la diferencia que entre ambas existía en este sentido. Las relaciones sentimentales y la sexualidad, cuestiones tabúes e incluso groseras para las mujeres españolas de aquel entonces, comenzaron a ocupar un lugar central en las conversaciones y experiencias cotidianas de C.T. en el exilio:

(...) Ella era una chica con mucha cultura y hablaba muchos idiomas; y en asunto de amores era muy liberada. Cuando hablábamos de estas cosas yo me sonrojaba; me lo contaba con tantos detalles y naturalidad que me quitaba el sueño. ¿Y tu qué? Me preguntaba. Y yo la decía que nada de nada; ni siquiera un beso. Y ella se reía y no me creía. (Memorias C.T.M.)

Estos pequeños matices de género que esconde el proceso intercultural se transformaron en prácticas y actitudes que la obligaron a lidiar con las concepciones patriarcales más arraigadas especialmente entre los familiares de mayor edad, como su padre. Él, a pesar haberle permitido trabajar fuera del hogar y de compartir con ella la tarea de la supervivencia económica familiar –toda una afrenta a la construcción discursiva de la masculinidad–, no toleró transgresiones femeninas en materia de sexualidad, contra lo que ella también desarrolló sus propios mecanismos de resistencia velada. Esto se detecta en episodios tan simbólicos como el siguiente:

La cosecha de patatas fue hermosa y abundante. (...) Un día, fui a casa de Lily Deveze, con una bolsa de ellas. Yo la había visto pasear en short y me había ilusionado tener unos para estar cómoda en aquellos campos. Le propuse el trato y aceptó contenta, dándome además un

³⁰ Entrevista realizada a C.T.M. el día 15 de julio de 2015 en Carcassone, Francia.

vestido. Allá que me fui corriendo a la campaña para darles la sorpresa. Si, la sorpresa fue bien buena; mi padre en cuanto me vio con las piernas al aire, me puso de vuelta y media y si no me meto pronto en la casa no se lo que hubiese pasado. Este anarquista era tremendo y eso que se había leído a la Montseny; pero cuando le salían sus raíces moras, ¡¡Hostias!! Menos mal que yo tenía un método muy eficaz: sacaba de mi imaginación una pistola, le tiraba un tiro y lo dejaba frito. (Memorias C.T.M.)

Conchita Ramírez plasma en su diario episodios parecidos. En el mes de abril de 1940, animada por la maestra francesa de su hermana, comenzó a ir a la escuela de Bellas Artes de Burdeos donde un día tuvo que pintar a un hombre desnudo: “no me atrevía, nunca había visto un hombre al natural. La profesora se dio cuenta y con una sonrisa me animaba a continuar y a no preocuparme, así que olvidé al hombre y pinté relajada”. (Conchita Ramírez, 2006: 62) Apenas dos años después, Conchita no podía permitir que su padre estableciera restricciones a sus salidas lo que motivó en ella rebeldías más bien atenuadas pero plenamente conscientes:

Fui a las Grutas de Manjolán con Lucienne, pero previamente, ha tenido que escribir una carta para que me dejara salir mi padre. Cuando volví les dije a mis padres que esa desconfianza era una humillación para mí, y que en el Hospital, si yo hubiera querido, no me habrían faltado ocasiones, tantos hombres privados de mujeres y con camas libres a nuestra disposición, sin embargo, nunca se me habría ocurrido semejante cosa. (Conchita Ramírez, 2006: 99)

Capítulos como el anterior nos permiten, desde una óptica de género, entender el marco del exilio como un espacio donde pervivieron viejos discursos a la vez que emergían nuevas prácticas con ligera intensidad. Ello fue debido, especialmente, a la ruptura generacional que provocó el exilio en este sentido, donde las mujeres jóvenes –muy numerosas³¹–tuvieron que hacer frente a dramáticas experiencias, a la dureza y precariedad de los trabajos desempeñados y a los nuevos marcos de relaciones sociales, políticas e interculturales que se abrieron. Estas coyunturas y situaciones tuvieron efectos más o menos notables en las representaciones, actitudes y conductas de género que mujeres como C.T. o Conchita fueron adoptando a lo largo de su exilio, lo que pudo propiciar procesos de renegociación constante de los roles y las relaciones de género tradicionales en la cotidianidad del mismo con sus parientes de mayor edad.

Otro elemento central que moduló los roles y las relaciones de género en el exilio fue la política. Como en todo exilio de nuestra historia, la política ocupó el centro neurálgico de las vivencias y memorias de los exiliados/as, así como de las narraciones historiográficas posteriores. Sin embargo, seguimos encontrando dificultades entre los historiadores a la hora de entender a las mujeres exiliadas como agentes políticos, especialmente a aquellas que llegaron al destierro sin una personalidad política desarrollada. Al concebirlas exclusivamente como *acompañantes*, desaparecen del mapa narrativo de la memoria y la historia, escapándose con ellas otras dimensiones de la política, otros matices y enfoques. Así, desde otra perspectiva y como veíamos en el apartado anterior, el destierro se convirtió en un espacio con horizontes políticos, donde lo personal y lo político, el

³¹ En el caso de los andaluces exiliados en Francia, los jóvenes de entre 0 y 20 años en 1939 representaron el 33% del total, y entre ellos, las mujeres representaron el 48%. (Datos extraídos de la base de datos del Proyecto de Investigación: “El exilio andaluz de 1939”)

espacio público y privado, se entremezclaron sutil e intensamente en su vida cotidiana. De esta manera, la política también fue un elemento en torno al que giraron viejos y nuevos roles de género femeninos, renegociaciones de las relaciones de poder y una suerte de idas y venidas acordes al contexto político y social de la Francia de la segunda guerra y posguerra mundial.

Como ha señalado Paula Schwartz (1987: 141), la Segunda Guerra Mundial, el régimen de Vichy y la ocupación nazi de Francia crearon condiciones favorables al aumento de la participación de las mujeres francesas en la vida política. De la misma manera sucedió con algunas de las exiliadas españolas en Francia quienes, al igual que sus homólogos masculinos, vieron en la contienda mundial una esperanza para acabar con el franquismo y volver así a su país natal. Ello llevó a algunas mujeres, como a C.T., a formar parte de la Resistencia contra los nazis, actividad que comenzó entonces a configurar nuevas identidades, relaciones y prácticas de género. Si bien es cierto que las tareas asumidas por las mujeres en el seno de la Resistencia fueron normalmente prolongaciones de los roles femeninos tradicionales en el hogar o en el lugar de trabajo, también es cierto que existieron notables diferencias entre las madres y casadas, y las mujeres solteras. Estas últimas, exentas de responsabilidades familiares, tuvieron mayor capacidad de movimiento y tiempo para dedicarlo por entero a las tareas encomendadas. Esta dedicación casi completa, ayudó a conformar y arraigar nuevos marcos sociales –de naturaleza política– donde hombres y mujeres compartieron tareas muy similares y experimentaron intensas vivencias bajo unas relaciones interpersonales bastante igualitarias y alejadas de discursos y prácticas de género tradicionales (Paula Schwartz, 1987: 151). La comunista Josefa Bas lo que más recuerda de los años de la Resistencia es “el compañerismo y la solidaridad que reinaba en sus relaciones. Y siempre recordaré –añadía– que aunque era joven y bonita, me trataron como a una compañera más entre ellos, y con el más profundo respeto” (Neus Catalá, 2000: 66). A su vez, C.T. cristaliza en sus memorias un sentimiento similar:

Simpatizamos mucho. Tenían un carácter abierto y jovial. Ellos habían pensado que entre los tres podíamos formar un tripartito, repartiéndonos las tareas para controlar la zona entre Lagrasse, Villardebelle, pasando por los sectores donde había gran cantidad de “carboneros” que carecían de contactos. Como ya se hizo tarde, decidí quedarme a dormir con ellos. Me pusieron un alambre y colgaron una manta, como cortina, para aislarme de los muchos que dormían allí. (Memorias C.T.M.)

Poco a poco, ya no hizo falta ni manta, ni cortina. Las relaciones entre hombres y mujeres en este contexto político fueron cada vez más distendidas y espontáneas.

La habitación era pequeña y pequeña también la cama. Mediría uno veinte, como era corriente en la época; y estas eran de matrimonio. ¿Y cómo dormir los cuatro? Pues como sardinas; dos en la cabeza y dos en los pies. Yo, no me quité la ropa y no podía dormir con lo que me apretaba el sostén. Como pude me lo quité y lo dejé caer al suelo con la mala suerte, que Castro había dejado su maletín abierto y cayó en él. Se levantó muy temprano, no encendió la luz para no despertarnos y cerró el maletín sin darse cuenta la bomba que llevaba allí. Cuando nos vimos, tiempo después, me contó la que le había armado su mujer. ¡Pobrecillo! (Memorias C.T.M.)

Estas nuevas relaciones de género que se gestaron en entornos fundamentalmente políticos, vinieron a intensificar y naturalizar las conductas y prácticas con las que estas mujeres entraron en contacto al inicio del exilio por la coyuntura y el proceso intercultural. Además, a su independencia y autonomía económica había de añadirse una relativa emancipación sexual que llevaron a mujeres como C.T. a mantener relaciones antes del matrimonio³². Lo cierto es que las relaciones sentimentales y la sexualidad ocupan un lugar muy importante en sus recuerdos por lo que los nuevos marcos sociales que se gestaron en aquel contexto de guerra y Resistencia, naturalizaron en ella unas prácticas que seguían estando ocultas en los discursos de género tradicionales y aún vigentes en la Francia de posguerra y entre el colectivo de exiliados a la altura del año 45.

Como hemos señalado, la Segunda Guerra Mundial actuó de catalizador de una revolución social que tuvo repercusiones en la condición política y social de las mujeres francesas tras el fin de la contienda y la consecuente Liberación de la Francia ocupada. Ello trajo mejoras políticas y sociales para las mujeres pero también reforzó discursos tradicionales de género que las seguían subyugando por el hecho de serlo (Jane Jenson, 1987: 271-273)³³, y esto, a pequeña escala, también sucedió en la vida de nuestra protagonista. C.T. festejó la Liberación como una francesa más, aunque dentro de un marco social de exiliados españoles fundamentalmente y lanzando una mirada continua a su querida España. En este contexto de celebraciones, bailes y fiestas en el que estaba sumergida la Francia del momento, C.T. se quedó embarazada de la que fue su primera hija, D.M. Si hasta entonces prácticas y discursos de género habían caminado por senderos diferentes en la vida de C.T. desde sus primeros años de vida en Algeciras, la maternidad y el consecuente matrimonio forzado llegaron para orientar las prácticas femeninas hacia los discursos de género más tradicionales, aunar ambos y arraigarlos en su cotidianidad. De esta manera, ella se vio obligada a dejar de trabajar para depender económicamente y de un día para otro, de su marido. Asimismo, tuvo que reducir sus actividades políticas y, de alguna manera, renunciar al modelo de relaciones que habían regido su vida durante los años previos al matrimonio. Así, su rol de mujer trabajadora, política, independiente y autosuficiente que fue perfilando durante los primeros años de exilio, fue sustituido por el de madre y esposa, fundamentalmente. Esta asunción de nuevos roles acordes a un viejo pero aún hegemónico discurso chocaron con los esquemas mentales de C.T., lo que la llevaron a desarrollar sentimientos de pérdida de libertad que debieron configurarse como secretos a voces en el seno familiar:

con mi nacimiento...yo le corto su vida a mamá porque ella con papá estaba en política y le llamaban de París para tener responsabilidades (...) y como no hay contracepción, llego yo... pues ya en España le cortaron los estudios, la guerra le cortó los estudios, y mi llegada..., (...) *E oui*, sobre todo no quería encontrarse con niños y con un marido en una casa. (...) víctimas de la guerra de España, de Franco, víctimas de la Gestapo, de la deportación, mi madre víctima de la no contracepción, del marido que es machista y que decía: “me tienes que...” y

³² C.T. mantuvo sus primeras relaciones sexuales durante los años de la Resistencia, a pesar de los constantes controles de su padre a los que hace continua alusión en sus memorias. Estas relaciones entre hombres y mujeres resistentes fueron muy habituales y en ocasiones consideradas peligrosas, véase: Collins Weitz, Margaret (1995): *Sisters in the Resistance*. USA: John Wiley & Sons: 191-214.

³³ Asimismo, sobre las identidades de género en el contexto de la Francia de la Primera y la Segunda Guerra Mundial, véase: Capdevila; Rouquet, F; Virgili, F y Voldman, D (2010): *Sexes, genre et guerres (France, 1914-1945)*. París: Editions Payot & Rivages.

ella decía “beeeeee”. (...) A qué punto una mujer puede someterse, es una época..., o un juego de matrimonio.³⁴

Efectivamente, este “juego de matrimonio” basado en unas reglas profundamente patriarcales también se constituyó como el principal elemento de resistencia del discurso tradicional de la domesticidad en el exilio. El destierro había abierto espacios políticos para C.T., así como había abonado el terreno para su emancipación económica y sexual. Sin embargo, en el contexto de la Francia de posguerra, entre el colectivo de exiliados –donde, insistimos, el mantenimiento de las tradiciones, también de género, creemos que fue crucial para garantizar una vuelta a la normalidad– y, como veíamos en el apartado anterior, bajo la atenta mirada del PCE en el que su marido y ella militaban, C.T. tuvo que responder a lo que de ella se esperaba como madre y esposa. En estos tres marcos geográficos, políticos, sociales y también de género en los que se desarrolló su vida, seguía perviviendo un modelo de feminidad tradicional que veía la luz especialmente cuando el matrimonio y la maternidad llegaban a la vida de las mujeres³⁵. Para C.T., ambos supusieron un punto de inflexión en sus actitudes y prácticas de género en el exilio, dedicándose a partir de entonces y casi por entero a la familia y las tareas del hogar.

Este cambio de conductas y esta fragmentación de su autonomía no fueron drásticos ni completos, sino que estuvieron cargados de matices y complejidades que se perciben en la personalidad que C.T. desarrolló. Una mujer con un carácter temperamental, tajante y categórico, así como atrevido y heroico. Buena prueba de ello da el estilo narrativo de sus memorias, pero también algunos de los episodios que en ellas relata y que ya hemos señalado aquí, como es el caso del rechazo tan contundente que mostró públicamente y contra la voluntad de su marido hacia el funcionamiento y la apatía del PCE con las familias de exiliados.

Tras un análisis pormenorizado de las entrevistas y las memorias de nuestra protagonista, no podría concluir afirmando que C.T. adquiriera una plena conciencia de género durante su destierro. No obstante, acorde a la concepción que hemos desarrollado del exilio como un espacio donde convivieron viejos discursos y nuevas prácticas de debido fundamentalmente a sus implicaciones políticas e interculturales –consustanciales a todo exilio–, C.T. muestra también una conciencia de género tímida, compleja, contradictoria y que, de alguna manera, baila al son de las continuidades y las discontinuidades de los roles y las relaciones de género tradicionales en el destierro.

Conclusiones

A lo largo de las páginas precedentes hemos intentado acercarnos a la complejidad de las experiencias femeninas y cotidianas del exilio republicano en Francia a través, fundamentalmente, de la mirada y las memorias de una mujer exiliada. Su trayectoria vital es una de las tantas posibles que pudieron desarrollarse en el marco del exilio, pero como tal creemos que sus esquemas mentales y de comportamiento, así como sus actitudes y prácticas sociales, políticas y de género pudieron ser

³⁴ Entrevista realizada a D.M. el día 17 de julio de 2015 en Toulouse, Francia.

³⁵ En este sentido, resultaría necesario preguntarse y analizar cómo se articularon las prácticas y discursos de género en la vida de las mujeres que llegaron casadas al exilio.

comunes, en algún grado, a muchas mujeres exiliadas. Ello nos lleva a avanzar las siguientes conclusiones;

En primer lugar concebimos el exilio como un espacio en el que la retracción social, la pérdida de marcos comunes y de referencia, la imposibilidad para configurar futuros posibles y la vulnerabilidad política y de género, fueron elementos que dialogaron intensamente con las estrategias de supervivencia desarrolladas por las mujeres durante los primeros años de destierro. Estas estrategias, creadas para garantizar la supervivencia familiar a la que tuvieron que hacer frente la mayoría de las mujeres exiliadas, se gestaron en el momento de la salida de España, en los refugios de mujeres, niños y ancianos, en el espacio público francés y en los primeros hogares de las familias exiliadas. Así, las mujeres lidiaron con la miseria económica y moral de las familias vencidas, con la vulnerabilidad política y de género que se tradujo en reiterados intentos de abusos sexuales en el caso estudiado, con la precariedad de los trabajos desempeñados y con otra cultura y otro idioma. Todo ello hizo que C.T. –como posiblemente tantas otras–, desarrollara estrategias de supervivencia que implicaron superación y agudización del ingenio, y que iban desde pequeñas rebeldías individuales y cotidianas a las redes de solidaridad femeninas, pasando por la búsqueda incesante de futuros posibles a través, fundamentalmente, del desempeño de un trabajo remunerado. Consideramos, por tanto, que la capacidad de acción y agencia de las mujeres durante los primeros años de exilio y no solo, garantizó gran parte de la supervivencia de las familias desterradas, así como les permitió crear espacios y contextos nuevos con mayores oportunidades de tomar las riendas de sus propias vidas.

Por otro lado, el análisis de la documentación señalada nos ha permitido entender el exilio como un territorio con horizontes políticos para las mujeres, como un espacio favorable en mayor o menor medida a la toma de conciencia política e identitaria por parte de aquellas mujeres que llegaron al destierro sin una personalidad política previa desarrollada. Esto fue debido al contacto paulatino que las mujeres establecieron con los desvelos políticos a través de su entrada masiva y precipitada en el mundo laboral remunerado, a través de la enérgica implicación de los padres y maridos en la vida política del exilio (y la entrada de esta política en el espacio doméstico), y a partir del estallido de la II Guerra Mundial, la ocupación nazi y las esperanzas que entonces se abrieron para los exiliados y su esperado retorno. Esta coyuntura les ofreció los mecanismos para articularse como refugiadas políticas y desarrollar sus vidas en torno a esta nueva identidad. Así, sus experiencias cotidianas durante el destierro se pudieron ver caracterizadas por una simbiosis entre el espacio público y privado, entre lo personal y lo político. No obstante, esta imbricación tan aguda pudo, como en el caso de C.T. y desde el rol de madres y esposas encargadas de garantizar la supervivencia familiar bajo las precarias condiciones del exilio francés, originar también una actitud de rechazo y desencanto hacia la política y todo lo que ello implicaba especialmente para las mujeres.

Por último, interpretamos el exilio como un espacio en el que conviven nuevas prácticas de género femeninas con tradicionales construcciones discursivas de la feminidad. Nuevas prácticas y relaciones de género generadas por las estrategias de supervivencia y superación que el contexto del exilio les exigió desarrollar a las mujeres y el empoderamiento que ello pudo conllevar en el espacio público francés; por los nuevos marcos de relaciones sociales e interculturales que se gestaron en el

destierro con españoles de otras regiones, franceses y refugiados de los distintos países amenazados por el auge de los fascismos; así como por el contacto y participación directa en las actividades políticas. Sin embargo, a su vez, en el marco de la Francia de la posguerra y en el entorno político y social de los exiliados españoles seguían perviviendo –posiblemente de una manera más aguda en este último– los tradicionales discursos de la domesticidad, cuyos elementos de resistencia eran el matrimonio y la maternidad. No obstante, los esquemas mentales que nuestra protagonista desarrolló durante los años previos al matrimonio, no pudieron cambiar de la noche a la mañana, lo que hace de este diálogo entre discursos y prácticas de género en el exilio un proceso sumamente complejo y cargado de matices que intentaremos seguir desvelando.

Bibliografía

- Adámez Castro, Guadalupe (2012). “La escritura necesaria: el uso de la correspondencia en las Memorias y Autobiografías de los exiliados españoles”. *No es país para jóvenes*. Instituto Valentín Foronda.
- Alted Vigil, Alicia. “El exilio republicano español de 1939 desde la perspectiva de las mujeres”, *Arenal* 4/2. Granada, (1997): 223-238.
- Aresti, Nerea (2001). *Médicos, donjuanes y mujeres modernas: los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*. Bilbao: Universidad del País Vasco.
- Aresti, Nerea. “Ideales y expectativas: la evolución de las relaciones de género en el primer tercio del siglo XX”. *Gerónimo de Uztariz*, 21 (2005): 67-80.
- Borderías, Cristina (1994). “Cuatro generaciones de mujeres emigrantes: transmisión y cambio social”, en J.M. Trujillano. *Jornadas. “Historia y Fuentes orales”. Memoria y sociedad en la España contemporánea*. Ávila: Fundación cultural Santa Teresa: 27-37.
- Cabrero Blanco, Claudia (2007). “El PCE y las mujeres. La actitud del partido respecto a la militancia femenina durante el primer franquismo”. Bueno, M. Hinojosa, J. y García, C. (coords.): *Actas del I Congreso de Historia del PCE, 1920-1977*. Fundación de Investigaciones Marxistas: 427-439.
- Capdevila; Rouquet, F; Virgili, F y Voldman, D (2010): *Sexes, genre et guerres (France, 1914-1945)*. París: Editions Payot & Rivages.
- Carnés, Luisa (2014). *De Barcelona a la Bretaña francesa*. Edición de Antonio Plaza, Barcelona: Ed. Renacimiento.
- Castells, Luis. “Historia de la vida cotidiana”. Hernández Sandoica, Elena y Langa, Alicia (eds.). *Sobre la Historia Actual. Entre política y cultura*. Madrid: Abada editores: 37-63.
- Castillo, Antonio. (2003). “Escribir para no morir. La escritura en las cárceles franquistas”. Castillo, Antonio y Montero, Feliciano (dirs.). *Franquismo y memoria popular. Escritura, voces y representaciones*. Madrid: Siete Mares.
- Catalá, Neus (2000). *De la Resistencia y la Deportación*. Madrid: Península.
- Collins Weitz, Margaret (1995). *Sisters in the Resistance*. USA: John Wiley & Sons.
- Das, Veena (2001). “The act of witnessing. Violence, poisonous knowledge and subjectivity”. Veena Das et al. *Violence and subjectivity*. Berkeley: University of California Press.
- De hoyos Puente, Jorge. “Las mujeres exiliadas en la configuración de la identidad cultural y política del exilio”. *Ubi Sunt?* 27 (2012): 28-40.

- De la Fuente Vázquez, María (2013). *Poder y feminismo. Elementos para una teoría política*. Tesis doctoral dirigida por Encarna Bodelón González, Universidad Autónoma de Barcelona.
- Domínguez Prats, Pilar (2009). *De ciudadanas a exiliadas. Un estudio sobre las republicanas españolas en México*. Madrid: Cinca.
- Dreyfus-Armand, Genevieve (2000). *El exilio de los republicanos españoles en Francia. De la guerra civil a la muerte de Franco*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Duchen, Claire (1994). *Women's rights and women's lives in France, 1944-1968*. London: Routledge.
- Duroux, Rose (1995). "Historia y desmemoria: prácticas culturales en los refugios de mujeres españolas en Francia, 1939-1940". *Melanges Louis Cardillac*, Zaghouan: FTESI.
- Estruch Tobella, Joan (1982). *El PCE en la clandestinidad 1939-1956*. Madrid: Siglo XXI.
- Font Agulló, Jordi. Gaitx Moltó, Jordi. "L'exili de 1939. Un estat de la qüestió entre dues commemoracions (2009-2014)", *Franquisme & Transició* 2, (2014): 231-280.
- García Torrecillas, María (2005). *Mi exilio*. Monterrey: Felipe Sáez García ed.
- Gildea, Robert (2016). *Combatientes en la sombra*. Madrid: Taurus.
- Gilzmer, M., Levisse-Touzé, C., Martens, S. (2003). *Les femmes Dans la Résistance en France. Actas del coloquio internacional de Berlín, 2001*. París: Tallandier.
- Hernández Sandoica, Elena (2004): *Tendencias historiográficas actuales*. Madrid: Akal Universitaria.
- Higonnet, Margaret R., Jenson, Jane, Michek, Sonya y Collins Weitz, Margaret (eds.) (1987). *Behind the lines. Gender and the Two World Wars*. USA: Yale University Press.
- Jackson, Julian (2003). *France. The Dark Years 1940-1944*. Oxford: Oxford University Press.
- Jenson, Jane (1987). "The Liberation and the New Rights for french Women". Higonnet, Margaret R., Jenson, Jane, Michek, Sonya y Collins Weitz, Margaret (eds.): *Behind the lines. Gender and the Two World Wars*. USA: Yale University Press: 273-284.
- Lüdke, Alf (1995). *The History of Everyday Life. Reconstructing historical experiences and ways of life*. Princeton: Princeton University Press.
- Llona, Miren (2012). "La Historia oral: la exploración de las identidades a través de la historia de vida" en Llona, Miren (coord./ed.). *Entreverse. Teoría y metodología practica de las fuentes orales*. Bilbao: UPV: 15-59.
- Mancebo, M^a Fernanda. "Las mujeres españolas en la resistencia francesa". *Espacio, Tiempo y Forma*. Serie V, H^a Contemporánea, t.9, (1996): 239-256.

- Marcos Álvarez, Violeta (2003). "Los comunistas españoles exiliados en la región de Toulouse, 1945-1975". Alted Vigil, Alicia y Domergue, Lucienne (coords.) *El exilio republicano español en Toulouse, 1939-1999*. Madrid: Uned Ediciones: 149-173.
- McNay, Lois (2000). *Gender and agency: Reconfiguring the subject in feminist and social theory*. Malden, MA: Polity Press.
- Mirón González, Rubén (2016). *Asistencia y condiciones socio-sanitarias de los exiliados españoles en el sur de Francia, 1936-1945*. Tesis doctoral dirigida por Carmen González y Fernando Martínez. Defendida en 2016 en la Universidad de Almería.
- Moreno Seco, Mónica. "A la sombra de "Pasionaria": mujeres y militancia comunista (1960-1982)". Ramos Palomo, Dolores (coord.) (2014). *Tejedoras de ciudadanía: culturas políticas, feminismo y luchas democráticas en España*. Málaga: Universidad de Málaga: 257-282
- Moreno Seco, Mónica. "Las exiliadas, de acompañantes a protagonistas". *Ayer*, 81, (2011), pp. 265-281.
- Murillo, Irene. "Dignidad, supervivencia y luto. Agencia y resistencias de mujeres aragonesas de guerra y posguerra". Yusta, Mercedes y Peiró, Ignacio (Coords.) (2015). *Heterodoxas, guerrilleras y ciudadanas. Resistencias femeninas en la España moderna y contemporánea*. Madrid: Institución Fernando el Católico: 149-175.
- Nash, Mary (1999). *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*. Madrid: Taurus.
- Oliva, Remedios (2006). *Éxodo. Del campo de Argelès a la maternidad de Elna*. Barcelona: Viena Ediciones.
- Ortega, Francisco A (2008).. "Rehabitar la cotidianidad". Ortega, Francisco A. (ed.) *Veena Das. Sujetos de dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de ciencias Humanas, Centro de Estudios Sociales: 15-71
- Passerini, Luisa (1989). "Women's personal narratives: Myths, experiences and emotions". The personal Narrative Group (ed.). *Interpreting Women's lives. Feminist Theory and personal narratives*. Bloomington: Indiana Press University: 189-197.
- Perrot, Michelle (1987). "The New Eve and the Old Adam: Changes in French Women's Condition and the Turn of the Century", Higonnet, Margaret R., Jenson, Jane, Michek, Sonya y Collins Weitz, Margaret (eds.). *Behind the lines. Gender and the Two World Wars*. USA: Yale University Press: 51-60.
- Ramírez, Conchita (2006). *Diario de una niña exiliada, 1939-1947*. Sevilla: Diputación de Sevilla.
- Reverter Bañón, Sonia. "La deriva teórica del feminismo", *Revista Internacional de Filosofía*, suplemento tres, (2010): 153-162.

- Rodríguez Gómez, Gregorio; Gil Flores, Javier y García Jiménez, Eduardo (1996). *Metodología de la investigación cualitativa*. Aljibe.
- Ruiz Olabuénaga, José Ignacio (2007). *Metodología de la investigación cualitativa*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Scott, James C. (2003). *Los dominados y el arte de la resistencia*. México D.F.: Txalaparta.
- Scott, Joan (2000). *Género e Historia*. México D.F: UACM.
- Serna, Justo y Pons, Anaclét (2000). *Cómo se escribe microhistoria*. Madrid: Cátedra.
- Sharpe, Jim (1996). “Historia desde abajo”. Burke, Peter (ed.): *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Universal: 38-59.
- Shwartz, Paula (1987). *Redefining Resistance: Women’s activism in Wartime France*, Higonnet, Margaret R., Jenson, Jane, Michek, Sonya y Collins Weitz, Margaret (eds.): *Behind the lines. Gender and the Two World Wars*. USA: Yale University Press: 141-154.
- Sierra Blas, Verónica. (2009). *Palabras huérfanas. Los niños y la Guerra Civil*, Madrid, Taurus.
- Simón Porolli, Paula (2011). *Por los caminos de la palabra. Exilio Republicano español y campos de concentración franceses: una historia del testimonio*. Tesis doctoral dirigida por Manuel Aznar y Jaume Peris, Universidad Autónoma de Barcelona.
- Strobl, Ingrid (1996). *Partisanas. La mujer en la resistencia armada contra el fascismo y la ocupación alemana (1936-1945)*, La Lletra SCCL.
- Trallero, Mar (2008). *Neus Catalá: La dona antifeixista a Europa*. Barcelona: Raval Edicions.
- Yusta Rodrigo, Mercedes (2009): *Madres coraje contra Franco*. Madrid: Cátedra
- Yusta Rodrigo, Mercedes (2012).. “Identidades múltiples del exilio femenino: la unión de mujeres españolas en Francia”. Llombart Huesca, María (ed.) (*Identidades de España en Francia*. Granada: Comares: 91-113.
- Yusta, Mercedes. *Introducción*. Yusta, Mercedes y Peiró, Ignacio (Coords.) (2015). *Heterodoxas, guerrilleras y ciudadanas. Resistencias femeninas en la España moderna y contemporánea*. Madrid, Institución Fernando el Católico: 7-17.
- Zemon Davis, Natalie. “Mujeres y política”. Duby, Georges y Perrot, Michelle. (dirs.) (2000). *Historia de las mujeres en occidente*, vol. 3. Madrid: Taurus.